

## El ceremonial en el duelo moderno

por Hernán Antonio Moyano Dellepiane

“Dans les questions d’honneur, il n’y a de vrai et de décisif que les coups de pied dans le cul!”

Léon Bloy

En este trabajo comenzamos por referirnos a la etiqueta y el procedimiento utilizados en Europa para los lances de honor. A continuación exponemos el procedimiento caballeresco observado en el Río de la Plata. Asimismo reproducimos la opinión de las publicaciones periódicas del siglo XIX sobre el ceremonial exigido por las reglas de la caballería. También, siguiendo un relato temático y cronológico, relevamos los incidentes personales donde el ceremonial tiene un papel destacado\*.

El fermento caballeresco del duelo maduró a principios de la Edad Moderna, manifestándose en un refinamiento gradual que se expresó en sus complejos ritos. Los miembros de una elite poseen finos modales y cultivan el arte de vivir, por lo tanto exigen un trato respetuoso entre sí. Cualquier roce en su vida social se considera como una ruptura del tranquilo disfrute de la dulzura de vivir. Los buenos modales se aprecian más cuando el poder de una aristocracia está menguando. En ese momento tienden a convertirse en una obsesión los detalles mínimos de la conducta. El orden de precedencias, una mirada, un parpadeo, un gesto dudoso, un movimiento o una palabra fuera de contexto son suficientes para sentirse ofendido y provocar un duelo. Éste era una brecha en la armonía de la vida de sociedad.

El duelo pasó a tener un ritual tan formal como el de una misa. Encerraba el credo de una clase dominante y por ello podía enaltecer la disputa más trivial y al combatiente más bruto, como un traje de fiesta transforma al que lo lleva. Los caballeros, a diferencia de los plebeyos, debían estar dispuestos a luchar con decoro y dignidad, observando las reglas prescriptas por los Códigos de Honor. El duelo tiene una liturgia propia. Todo lo que había en el ceremonial del duelo era para marcarlo como algo propio de una elite. Si la aristocracia quería sobrevivir y conservar sus privilegios, debía

---

\* Agradezco la valiosa colaboración de la escritora Rosario García de Ferraggi y del doctor Guillermo Stamponi.

distinguirse por una conducta apropiada, que el hombre común pudiera reconocer como prueba de superioridad, por muy incompresible que pudiera ser el código al que iba unido el duelo. Un caballero no podía tomar represalias mediante la fuerza bruta. En lugar de derribar a un agresor de un puñetazo, como haría cualquier hombre corriente, tenía que intercambiar tarjetas, designar a sus padrinos y estar preparado para intercambiar estocadas o disparos. Los desafíos escritos debían presentarse en un lenguaje cortés; los luchadores se saludaban antes de comenzar el combate, como si dieran su reconocimiento a una bandera imaginaria de clase y honor.

Los duelistas debían tener en cuenta la opinión pública además de los buenos modales. Era muy común que los lances de honor tuvieran lugar entre amigos, vecinos, socios de un club, colegas profesionales, esto es entre miembros de un mismo círculo social. Con frecuencia estaban dispuestos a reanudar la anterior relación. Un duelo llevado de la manera adecuada haría que esto resultara más fácil que en el caso de una vulgar pelea. Era considerado poco caballeresco el querer matar al adversario o herirlo gravemente. Dos caballeros enfrentados en una lucha, sometiéndose a unos protocolos aceptados por sus iguales, podían acabar siendo más íntimos de lo que lo habrían sido en la vida corriente, ya que se consideraba reprochable la resolución de mantener viva una enemistad. Todos los duelistas eran miembros de una gran familia por el hecho de ser caballeros.

El duelo tenía una influencia civilizadora sobre el comportamiento social en general, debido a que se realizaba con tanta cortesía. Era un medio con que contaba el caballero para hacer valer su derecho a ser tratado con deferencia. En 1817 el escritor británico Abraham Bosquett sostenía que en los lugares donde el duelo estaba más en boga, como Irlanda, los nobles eran los más corteses y afables y las clases medias las más civilizadas y respetuosas. Incluso las clases bajas, siguiendo el ejemplo de sus superiores, eran en extremo tratables y amables. Los militares, más propensos al duelo que nadie, se enorgullecían de contar con un barniz de buenos modales.

Un detalle esencial de la actuación -y el duelo tomó mucho del teatro-, era que el combatiente no sólo tenía que arriesgar su vida, sino que debía hacerlo con serenidad, con aire de ser tan indiferente al peligro como un oficial en la batalla. Esta impassibilidad era parte de los modales de una clase superior que tenía que impresionar a los órdenes inferiores. El aire de fría indiferencia de un duelista ante la vida o la muerte, era una demostración cabal de la buena educación al suprimir toda emoción externa.

La codificación del duelo es paralela al desarrollo de leyes o convenciones para dirigir las relaciones internacionales. Un duelo era una guerra en miniatura, una prueba de valor y preparación concentrada en unos

intensos minutos de la vida de dos individuos, a veces sus últimos minutos. Las dos cosas evolucionaban codo a codo y los hombres de las mismas clases iban a la cabeza en ambas: la etiqueta del duelo y los usos cortesés de la guerra moderna han marcado por igual a la clase militar de Europa como a una hermandad, con pretensiones que se salen de lo puramente nacional. Se recomendaba la magnanimidad con el enemigo privado; el cuadro de Velásquez sobre la rendición de Breda, con sus gestos cortesanos, muestra el mismo espíritu en el ámbito de la guerra. Lo mismo podemos decir del óleo de Charles Fouqueray sobre la rendición del invasor inglés que ocupaba Buenos Aires en agosto de 1806. En esta obra vemos al general William Carr Beresford entregándole su espada al general Santiago Liniers, quien se niega a recibirla. En los días de la caballería un heraldo hacía entrega de una amenaza o declaración de guerra; un padrino que llevaba un desafío hacía el mismo papel y en los primeros tiempos de la era moderna podía, como un heraldo, recibir un espléndido regalo. Los padrinos que aclaraban los motivos de una pelea y trataban de llegar a un arreglo eran como abogados; más aún, como diplomáticos. Las normas para el campo del honor contribuirían a la idea de imponer al campo de batalla un reglamento parecido y, aunque despacio y con imperfecciones, ya se estaban reconociendo leyes de la guerra. En ambos casos podía haber un tercero que mediara y el concepto de un tribunal internacional de justicia tenía una analogía -e incluso puede que una deuda- con los tribunales de honor creados en varios países para evitar duelos innecesarios.

En el duelo moderno dos hombres se enfrentan a solas, pero bajo el escrutinio de unos representantes de su mundo. El combate afecta sólo a su honor y empieza y acaba con ellos, no como en el caso de una enemistad de clan o de familia que arrastraba a los hombres por la fuerza. En el juicio por combate muchas veces se había permitido que lucharan sustitutos, en cambio en el auténtico duelo moderno un duelista debe luchar en persona. En la Edad Media la autoridad organizaba el duelo judicial de forma impresionante; el duelo moderno en sus orígenes era anárquico; en la época clásica volvió la formalidad estricta, siendo los propios combatientes, a través de sus padrinos, responsables de ello. El paso del acero a la pólvora fue uno de los factores que contribuyó a esta evolución. Sobre todo, las pistolas ayudaron a que el duelo se ritualizara convirtiéndose en un encuentro tranquilo y desapasionado.

Las pistolas tomaban sus decisiones rápidamente; los preliminares llevaban un cierto tiempo y el último detalle era que los padrinos decidieran cómo se iba a dar la señal: podía ser una palabra o varias o dejando caer un pañuelo. En la Inglaterra de Jorge III, por lo general se lanzaba una moneda para decidir quien debía disparar primero. Esta costumbre duró más tiempo en

Francia y en otros países, pero lo que acabó por aceptarse fue el método evidente de permitir que los dos hombres dispararan a la vez o como quisieran dentro de un margen de tiempo específico, que podía ser de veinte segundos; en el Buenos Aires de fines del siglo XIX se arrojaba al aire una moneda de oro para decidir la elección de las armas. Una variante era que los combatientes se pusieran espalda contra espalda, se apartaran el uno del otro caminando y a una señal se dieran vuelta y dispararan. No es probable que pudieran apuntar con tranquilidad y firmeza. Tal vez no era eso lo que se pretendía. En el Río de la Plata era común utilizar las palmadas como señal de hacer fuego.

En los escasos duelos entre damas no varía el ceremonial. Los padrinos y médicos pueden ser mujeres. El hecho de pertenecer al sexo débil no era impedimento para empuñar la espada, arma que elegían con frecuencia las féminas<sup>1</sup>.

La necesidad de conservar incólume el honor, es para los caballeros una exigencia vital, siéndoles imposible sobrevivir si se lo hiere o menoscaba. El honor es el bien supremo, vale más que la vida y lo defenderán hasta las últimas consecuencias.

La defensa del honor de los caballeros es ejercida mediante una acción regulada por los Códigos de Honor que se cumple en dos etapas: éstas son, la exigencia de explicaciones satisfactorias sobre la ofensa o en su defecto el reclamo de una reparación por las armas.

El planteo que el ofendido hace al ofensor se lleva a cabo por dos padrinos o testigos a quienes se designa por escrito, dentro del plazo de veinticuatro horas de sufrido o conocido el agravio; el ofensor inmediatamente nombrará los suyos. La misión de los padrinos es fundamentalmente la de lograr una solución pacífica y para ello tienen los más amplios poderes para actuar en nombre del ofendido-ahijado. En principio, el ahijado está obligado por lo que resuelvan sus representantes. Puede sustituirlos en caso de disconformidad, actitud que podría agraviarlos. La clase de armas, la edad y las condiciones físicas de los duelistas, se relacionan íntimamente e influyen en el combate. Por eso los padrinos procuran que sus representados sean tenidos por ofendidos, ya que ello les significa el privilegio de elegir las armas que les convengan según sus aptitudes psíquico-físicas.

---

<sup>1</sup> Véase: Kiernan, V. G. *El duelo en la historia de Europa. Honor y privilegio de la aristocracia*, Madrid, Alianza Editorial, 1992, p. 150-166. Hemos sintetizado el pensamiento de este escritor inglés sobre el procedimiento y la etiqueta en los lances de honor. La cortesía es una de las clásicas virtudes de la caballería junto a la proeza, la lealtad, la liberalidad y la franqueza. Véase el documentado libro del gran medievalista inglés Maurice Keen sobre esa institución. Keen, Maurice. *La caballería*, Barcelona, Editorial Ariel, 1986, p. 14-15.

Si en el trámite de un incidente caballeresco, los padrinos no logran una solución pacífica, o cuando no se exigen satisfacciones sino directamente una reparación por las armas, se deberá concertar ésta, vale decir el duelo, en las condiciones prescriptas por las leyes del Honor. Estas normas no tienen otra sanción que la que da la costumbre, ni otra obligatoriedad que la que impone la propia conciencia. La acción caballeresca en defensa del honor y el duelo con igual finalidad, son formas específicas de actuar, creadas, reguladas y practicadas por caballeros y solamente por ellos.

Cuando de las deliberaciones de los padrinos no se arriba a ningún acuerdo sobre el incidente caballeresco, ni en cuanto a la improcedencia del mismo, ni a la expresión de satisfacciones o al duelo, se llega a un punto de dificultad que no puede ser superado por éstos. Se hace forzoso para la prosecución y conclusión de la incidencia, la participación de un árbitro o de un tribunal de árbitros que pronunciará un fallo irrecurrible, definitivo.

Llegados al terreno, las explicaciones o satisfacciones de unas de las partes, antes del lance, son generalmente mal conceptuadas. El duelo a muerte no debe concertarse jamás y el estado de inferioridad es suficiente para dar por terminado un lance. Por pequeña que sea la herida, el duelo debe darse por terminado pues de hecho, moral y materialmente, hay inferioridad. Sin embargo en algunas ocasiones, valorando la gravedad de la ofensa, el duelo es concertado hasta que uno de los adversarios se encuentre en la imposibilidad de continuar el encuentro.

Entendemos por duelo al combate regular y leal entre dos personas, con peligro de muerte, herida o mutilación, en presencia de testigos, precediendo reto o desafío, de palabra, escrito o gesto, señalando tiempo y lugar para su ejecución.

Dijimos que el honor es considerado por los caballeros como la mayor riqueza que poseen. Por este motivo al duelo, como medio de reparación del honor ultrajado, le dan suma importancia considerándolo un acto solemne que es acompañado por una serie de formalidades. Éstas se cumplen especialmente en el campo del honor antes, durante y después del combate y en las gestiones previas al lance que efectúan los padrinos. El ceremonial del duelo moderno es obedecido religiosamente por duelistas, padrinos, árbitros y médicos. Recuérdese el ceremonial que rodeaba a las justas y torneos medievales, que más que verdaderos duelos fueron ejercicios de habilidad y de destreza. En tiempos de don Alfonso el Sabio, se dieron reglas para el modo de efectuar los duelos judiciales y dar solemnidad y autoridad a estos actos. En su obra *El Otoño de la Edad Media*, el historiador holandés Jan Huizinga se extiende sobre el elaborado formalismo de la etiqueta medieval, necesario para

controlar los excesos de una sociedad en la que se podían producir peleas brutales incluso en la corte.

Ya en el siglo XX vemos que algunas contiendas iban adquiriendo aspectos risueños, por la aparatosidad y publicidad con que se realizaban y por la escasa eficacia de las armas empleadas. Es el caso del duelo efectuado el 6 de diciembre de 1921 entre los doctores Rodolfo Moreno (h) y Fernando Saguier. Éste dispara visiblemente al suelo el primer tiro para terminar el lance y los duelistas se reconcilian ampliamente. *El Diario* dice que “reporters y fotógrafos han sido movilizadas en su totalidad; una quinta en Belgrano está desde temprano asediada por hombres con toda variedad de objetivos fotográficos, las azoteas vecinas a la casa en cuestión estaban también ocupadas”<sup>2</sup>.

*El Comercio del Plata*, diario dirigido por Florencio Varela, publica un folletín madrileño sobre el duelo donde figura la evolución del ceremonial desde la Antigüedad hasta mediados del siglo XIX. Fray Gerundio, sacerdote favorable a que se defienda el honor por medio de las armas, le enseña al novicio Pelegrin lo siguiente:

“Gundebaldo, duque de Borgoña, fue el primero que hizo una ley de duelos revistiéndolos de ciertas formalidades. El acusador y el acusado comparecían delante de un juez, el cual pronunciaba sobre la necesidad del combate. Los combatientes depositaban una multa que se destinaba al vencedor en indemnización de los desperfectos que sufriese en sus armas o en su cuerpo. Más tarde se inventó el hacer el reto por medio de un guante arrojado en presencia del señor de quien el acusador fuese vasallo. El retado recogía el guante, y ya no había acomodamiento posible entre ellos sin el consentimiento del señor. Y de aquí ha venido el dicho de *arrojar y recoger el guante*, que ha durado hasta nuestros días para significar la proposición y aceptación de un duelo.

“Más adelante se añadieron otras ceremonias. Se establecieron los *Juicios de Dios o Tribunales de espada*. Y como todos los pleitos y diferencias se dirimían por medio de estas singulares peleas, y como no todos pudiesen manejar por sí mismos el chafarote, ya

---

<sup>2</sup> “Duelo Moreno-Saguier”, *El Diario*, Buenos Aires, 6 de diciembre de 1921, p. 1. Véase: Moyano Dellepiane, Hernán Antonio. “Cuestiones caballerescas en tiempos de Alvear”. [En: Leiva, Alberto David (coordinador). *Los días de Marcelo Torcuato de Alvear*, San Isidro, Academia de Ciencias y Artes de San Isidro, 2006, t. 1, p. 97-98, nota 4]. El periodista Emilio González Navarro dice que en la España de 1950 los duelos eran poco más que una caricatura. Exhuma las actas del duelo efectuado en Pamplona el 2 de marzo de 1930 entre el alférez Miguel Primo de Rivera y Sáenz de Heredia y el capitán Antonio Rexach Fernández de Parga. Este duelo a sable fue concertado de acuerdo con las normas del libro del Marqués de Cabriñana *Lances entre caballeros*, editado en 1900 como un proyecto de bases para la redacción de un Código de Honor español. Esta obra sirvió de guía minuciosamente detallada para el ceremonial y desarrollo de las cuestiones de honor. González Navarro, Emilio. “Actas de un duelo famoso”, *Historia 16*, Madrid, n° 242, p. 58-64, junio de 1996. Al respecto, entre nosotros véase: Sánchez, Samuel F.; Panella, José. *Código Argentino sobre el Duelo*, Buenos Aires, Imprenta Moreno, 1878; Fors, Luis Ricardo. *Arte del Testigo en Duelo*, Buenos Aires, Juan L. Dasso & Cía. Editores, 1913; Levene, Horacio. *Duelo; Manual de Procedimiento*, Buenos Aires, Imp. B. Fueyo, 1917; Rivanera, José J. *Código de Honor Comentado*, Buenos Aires, Círculo Militar Argentino, 1961; Varangot, Carlos Jorge. *Virtudes caballerescas*, Buenos Aires, Ediciones P. S. Carra, 1972.

por su edad, ya por su sexo, ya por su estado, o por la falta de robustez o de salud, se permitió a las mujeres, a los menores de 20 años, a los viejos y a los sacerdotes, nombrar *campeones* que se batieran por ellos. Oye una de las ceremonias de estos combates, sacada del código de Felipe el Hermoso.

“Los desafiados comparecían el día señalado delante del rey, o del condestable, o del juez del campo, a una liza de 80 pies de largo por 40 de ancho, guardada por gente armada. Iban a caballo, visera calada, escudo al brazo, lanza en mano, y ceñidas la espada y la daga. Algunos llevaban además debajo de sus armas la imagen de su santo protector. Acompañábalos un sacerdote. Poníanse los espectadores de pié, y los contendientes juraban sobre un crucifijo que cada uno creía tener derecho por su parte, y que no llevaban hechizos ni armas encantadas, poniendo por testigo a Dios, a la Virgen María, al señor San Jorge y a la señora de sus pensamientos, y renunciando al Paraíso si mentían.

“Recibido el juramento, el juez arrojaba un guante a la arena, y gritaba: ‘*Haced vuestro deber*’. Entonces comenzaba el combate. Era prohibido mirar a caballo el espectáculo, bajo la pena de perder su montura el noble, y una oreja el plebeyo, que más de cuatro orejas fueron cortadas por infringir esta ley”<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Fray Gerundio. “Desafíos”, *El Comercio del Plata*, Montevideo, 17 de noviembre de 1846, p. 1-2. Gundebaldo, Rey de Borgoña, fue el primero en introducir en un código el duelo verdaderamente judicial, en el año 501, en la conocida como ley Gombeta. Poco a poco se iba a extender de Borgoña a toda Francia y luego en forma vertiginosa por toda la cristiandad. Siendo el duelo un mero procedimiento judicial probatorio, podían incluso los villanos batirse, los cuales lo hacían a pie y con palos. En el duelo judicial no actúan los padrinos; su intervención es esencial en el duelo moderno. En un principio eran simples testigos. Los padrinos adoptaron posteriormente las funciones de los jueces de torneo, encargados de velar por la observancia de los usos y costumbres, como así también de medir las espadas a fin de que fuesen iguales. Cabe señalar que tales torneos nada tenían de común con el duelo, pues eran juegos militares que reconocían como origen las guerras privadas entre señores y constituían grandes fiestas en que caballeros, formando dos bandos, combatían según un estricto ceremonial, en presencia del rey, de las damas de la corte y del pueblo; cuando la lucha era individual se llamaba justa. Los torneos decayeron a raíz de la muerte del rey Enrique de Francia en uno de ellos, al ser herido en un ojo por la lanza de Montgomery. Su vinculación con el duelo reside en que mucho de lo que constituía el ceremonioso ritual de tales fiestas, al perder importancia éstas, pasó al duelo. Al morir los torneos, resucitaron poco a poco bajo las formas cada vez más cortesés e inofensivas del duelo. Rivanera, José J., op. cit., p. 30-33. Cualquier excusa servía para realizar un torneo: una fiesta religiosa, el casamiento de un noble, una victoria, o la firma de un tratado de paz. Un heraldo recorría castillos y ciudades, portador de carteles con el anuncio del torneo, y recogía los nombres de los caballeros que deseaban exhibir su destreza. Los escudos y estandartes de todos los candidatos eran desplegados en lugar prominente, por lo general en los muros de un castillo o en alguna catedral o plaza pública. Cualquier candidato podía ser acusado de descortesía o de cobardía, faltas gravísimas para la mentalidad medieval, y quedaba eliminado del torneo. El acusador debía tocar con sus manos el estandarte del inculpado, y los jueces del torneo procedían a examinar la veracidad de los cargos. Empalizadas, tribunas, torreones, estandartes multicolores y todo el despliegue de la artesanía urbana y del fastuoso esplendor señorial, daban a los torneos el aspecto de un abigarrado y colorido espectáculo de multitudes. Montados en briosos corceles enjaezados con oro y plata, hacían su entrada los paladines; reunidos en el centro de la liza, entre el respetuoso silencio de la muchedumbre, escuchaban la solemne admonición de los mariscales de campo: no herir la cabalgadura del contrario, no unirse varios caballeros contra uno, no golpear en los brazos ni en el rostro al rival. Entre toques de clarín se iniciaba la lucha con una justa individual, en la que dos adalides trataban de derribarse recíprocamente con un golpe certero de sus pesadas lanzas, para obtener así el simbólico premio entregado por la dama de su predilección. Seguían luego las luchas colectivas, que formaban la esencia espectacular y riesgosa del torneo. Festejados triunfalmente en los castillos de la región, los vencedores se convertían en auténticos héroes populares y sus hazañas eran llevadas a las comarcas más distantes por bardos y juglares. El historiador Fernando Garcés dice que los primeros torneos apenas se diferenciaban de una auténtica batalla y eran muy peligrosos. Muy lentamente, su desarrollo fue haciéndose más ceremonioso. De manera similar, el duelo, en sus orígenes, fue anárquico y violento, pero con el tiempo se volvió más formal e inofensivo. Existía una

Fray Gerundio sostiene que las formalidades de los duelos del siglo XIX son muy diferentes de las que se usaron en la Antigüedad, como la elección de las armas, el nombramiento de los padrinos, etcétera. Le dice a su discípulo que si un caballero le arroja el guante, está obligado a recogerlo y batirse con arreglo a las leyes de la caballería. Agrega:

“Tú no puedes menos de aceptar, so pena de pasar por un mal caballero: aceptas, pues; vienes a casa, requieres la espada o la pistola, buscas un padrino, que no tendré yo inconveniente en serlo tuyo, porque algo se les pega también a los padrinos de ese honor; salimos todos a la hora pactada y al sitio convenido, procurando hacerlo siempre con alguna solemnidad, a cuyo efecto tomamos un coche, lo divulgamos entre los amigos para que se hable de ello en los cafés; llegamos en fin... te bates... le matas, o te mata...”<sup>4</sup>.

Pelegrin se proclama contrario al duelo. Fray Gerundio, recordando su situación de superior, lo nombra campeón suyo y le ordena que realice un curso de esgrima y de tiro. Pelegrin obedece en contra de su voluntad, ya que asegura que todavía no ha olvidado la virtud de la santa obediencia. El sacerdote concluye la lección sobre las bondades del duelo y su ceremonial con esta profecía:

“Y verás, verás como al paso que vayas manejando el sable o la pistola, se te va viniendo la razón a la boca o al filo, o bien a la punta, si es espada, y en cuatro días te vas a encontrar hecho un caballero cumplido capaz de entrar en duelo y singular combate con el mismo Coloso de Rodas”<sup>5</sup>.

*La Palabra se mofa del procedimiento caballeresco del duelo así:*

“Pero, las reglas no de caballería porque estos no se llevan a cabo de este modo, sino las de *pedantería* requieren un innumerable y pesado ceremonial, sin el cual no hay ni puede haber *lavaje* -del honor- completo.

---

amplia picaresca para evitar el combate, o realizarlo con el mínimo derramamiento de sangre y sin deshonra para ninguna de las partes. Uno de los deberes de los padrinos, a modo de abogados, era negociar las condiciones que permitieran este resultado. Los duelos a primera sangre se interrumpían tan pronto como se producía una herida seria y muchos duelistas acababan siendo íntimos amigos. Garcés, Fernando. “Duelo, el combate prohibido”, *Clío*, Barcelona, n° 68, p. 44, junio de 2007. Creemos que el ceremonial del duelo moderno, al reglar el ejercicio de la fuerza, posibilitó la solución decorosa de los conflictos personales.

<sup>4</sup> Fray Gerundio. “Desafíos”, *El Comercio del Plata*, Montevideo, 18 de noviembre de 1846, p. 2. En cuanto al duelo según el concepto moderno, esto es, prescindiendo del aspecto judicial ya señalado, según algunos autores, su cuna estaría en Italia, en el siglo XV. Al parecer, los primeros duelos similares a los del siglo XIX tuvieron lugar en la época de Carlos VIII durante la expedición a Italia efectuada por éste para sostener los derechos de la casa de Anjou sobre Nápoles. A los años grises de Luis XI sucedió una guerra de magnificencias que agradó a los franceses enloqueciéndolos con las hazañas de Bayardo y de La Tremouille. Entonces aparecen las primeras obras que fijan las reglas que deben observarse en los desafíos demostrando los italianos entusiasmo por la esgrima y especial interés en determinar los principios que debían regir los encuentros. La costumbre de los desafíos habría pasado de Italia a Francia al regreso de los expedicionarios, habiendo influido quizá para afianzarla y propagarla, la continuidad de dicha guerra que se sucedió a lo largo de varios reinados. Rivanera, José J., op. cit., p. 37-38.

<sup>5</sup> Fray Gerundio. “Desafíos”, *El Comercio del Plata*, Montevideo, 19 de noviembre de 1846, p. 2. En los dos cuadros del drama, fray Gerundio informa a Pelegrin sobre el origen, progresos, vicisitudes y solemnidades de los lances de honor. A través de las irónicas respuestas del novicio se ridiculiza al duelo y su ceremonial.

“Estos *singulares y nunca bien ponderados combates* son precedidos de una ridícula y extravagante farsa, la cual consiste en buscar los cómplices a fin de no darle el color de un asesinato vulgar, si es que alguno de los peleadores queda despatarrado.

“Un médico por cada una de las partes es indispensable en comedias de esta naturaleza.

“Convenidos todos los actores, porque en tales dramas nunca falta quien desempeñe algún papel, se discute la clase de arma que deben llevar los principales personajes, que son los que van a pelear.

“Generalmente estas conferencias suelen ser reñidas y bastante pesadas, pero al fin se arreglan y lo comunican a sus respectivos ahijados.

“Dispuestas así las cosas, se da aviso por todas partes para que nadie ignore la pantomima que va a tener lugar.

“La policía que es la que tiene el deber de perseguirlos y meterlos en un cuarto donde por muchos meses no vean ni siquiera el sol, es la que primero lo sabe; pero como se ha llevado con tanto *sigilo* lo ignora y basta que la prensa toda, su cómplice, no da los detalles con pelos y señales ni hace el aparato de moverse.

“Llegados duelistas y padrinos, que en el decir de los espadachines se llama del honor, empiezan estos por desempeñar su tarea la que consiste en buscar el sitio mas apropiado, distanciando con prudencia a sus ahijados.

“Colocados cada cual en su puesto, toman los padrinos las armas que deben servir para el lance y después de examinadas detenidamente las dan a cada uno de los peleadores que en la mayor parte de los casos las reciben con mano temblorosa y rostro cadavérico.

“Dispuestas así las cosas, se retiran aquellos, con rostro compungido y tratando de ocultar a sus ahijados una lágrima que brota de sus peñados ojos.

“Entre tanto los duelistas se miran con desprecio, hacen mil visajes grotescos, tosen si el día está un poco frío, estornudan si el caso lo requiere, se calzan los guantes, miran y remiran las armas, se ponen en facha y a un golpe de mano dada por los padrinos empieza *la sin par y titánica lucha*.

“Pun!! hacen las pistolas de ambos si el duelo es con estas armas, prin, pran, si con florete o espada; en el primer caso el combatiente mas flojo se tira dramáticamente al suelo y exclama con lastimera voz y llevándose la mano al sitio donde cree tiene la herida, me ha muerto y en el segundo si ha recibido algún rasguño.

“Los padrinos que no han perdido ni un ápice de las alternativas del lance, se precipitan como *cariñosos lobos sobre* su presa y después de vista y examinada detenidamente la herida, se miran y con voz lastimera y un tanto majestuosa pronuncian el siguiente fallo:

“*El duelo no puede continuar por estar imposibilitado uno de los combatientes.*

“Incontinenti y antes que el *furor* se les pase levantan una acta en la que después de los preámbulos de costumbre dicen que N. N. y N. N. fueron llevados al terreno del honor (sic!!) y allí en persecución de este mismo honor, fue N. N. despachurrado por su contrario tal y tal”<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> “Duelos”, *La Palabra*, San Fernando, 27 de agosto de 1885, p. 2. Las reglas del duelo, tradicionales por supuesto, integran el llamado Código del Honor, que tiende en esencia a igualar la lucha y a quitarle toda semejanza con un brutal acometimiento cual el del cuerpo a cuerpo en las antiguas batallas. Para regular en todo momento lo concertado o para convenirlo, los ofendidos (o el ofensor y el agraviado) no vuelven a tener contacto desde el desafío hasta encontrarse en el campo del honor, como se llama el lugar donde se celebra el combate dual. Intervienen entonces los testigos o padrinos para establecer las condiciones, elegir las armas y

Al igual que los periódicos rioplatenses, la literatura extranjera a menudo ridiculiza el ceremonial del duelo. En uno de sus relatos humorísticos, Mark Twain asegura haber sido padrino del diputado francés Gambetta en un duelo a pistola con el señor Fourtou. La acre discusión que tuvo lugar en la Cámara de Diputados no impidió a los padrinos pactar las condiciones del lance en un medio de gran cortesía y de concesiones recíprocas. Twain también describe el orden procesional en que marchaba la comitiva del duelo hacia el campo del honor, situado en Plessis-Piquel:

“Como de honor, a la cabeza de nuestro carruaje, sin más que el señor Gambetta y yo; seguía el coche del señor Fourtou y su testigo; tras ellos iba otro coche de poetas y oradores que habían preparado oraciones fúnebres, cuyos manuscritos salían con exceso fuera del escote de sus bolsillos. En pos de estos señores, venía un vehículo con los médicos de cabecera y a continuación, más coches particulares para otros tantos doctores en cirugía, de mera consulta; iba luego: un coche simón con el oficial del registro de defunciones; dos coches de ambulancia muy capaces; otro coche para los contratistas de ceremonias fúnebres, crecido número de empleados, a pie, y en pos de todos, seguían solemnemente y culebreando por entre densa niebla, de repente aparecida, largo séquito de aficionados a duelos y agentes de policía y tropa de ciudadanos. Era distinguido espectáculo ocasionado por el lucido acompañamiento, y hubiera sido excursión muy agradable la de formar parte del cortejo a habernos favorecido el tiempo”<sup>7</sup>.

*La Nación* destaca la ausencia de ceremonial en el duelo criollo:

“El duelo a cuchillo del gaucho, sin otro preámbulo ni ceremonia que desenvainar el acero y envolverse el brazo izquierdo en el poncho, es comprensible, hemos estado por decir es racional, como forma primitiva del individualismo fiero, en las condiciones en que los protagonistas se hallan.

---

demás ceremonial del lance a realizarse. Los padrinos conciertan el día, hora y lugar del duelo, que obliga a la puntualidad. Una vez en el terreno, los duelistas están en libertad de saludarse. Han de guardar silencio. En el duelo a pistola, si el disparo hecho al aire procede del ofendido, se considera que éste renuncia al duelo. La infracción de cualquier condición lleva a la suspensión del duelo y a la descalificación del duelista; que viene a ser una exclusión por razones de honor en la técnica de esta lucha. La reconciliación es el epílogo habitual de la mayoría de los duelos modernos, en que los combatientes llegan al terreno más bien forzados por el honor que por el impulso vindicativo. Cabanellas, Guillermo. *Diccionario Enciclopédico de Derecho Usual*, Buenos Aires, Editorial Heliasta, 1979, t. 2, p. 807-808.

<sup>7</sup> Twain, Mark. “Los franceses pintados por un inocente. Un duelo histórico”. En: *Cuentos humorísticos*, Buenos Aires, Editorial Tor, 1942, p. 157-173. La escasa eficacia de las armas empleadas impidió el derramamiento de sangre. Sobre la conmovedora reconciliación de los duelistas, Twain dice lo siguiente: “Los dos adalides se echaron uno en brazos del otro para fraternizar, derramando copioso llanto que la vanidad y la fortuna les arrancaba. Y un abrazo general colmó la dicha. Todo el mundo participó de ese abrazo: médicos, oradores, contratistas de ceremonias fúnebres, polizontes, todos se estrechaban, se daban el parabién, vertiendo lágrimas de satisfacción, y el aire, el espacio, retumbaba por todas partes con los gritos de alegría y alabanza”. Cuando la emoción se hubo calmado, se reorganizó el séquito del duelo para entrar solemnemente en París como héroes nacionales. Por su conducta caballeresca durante el lance y sus preliminares, Mark Twain fue honrado con la gran cruz de la Legión de Honor en una espléndida ceremonia, según los rumores que enseguida corrieron por todo el país galo.

“Pero llama la atención, por lo ridículo, que las clases cultas de una sociedad como la nuestra se hallan figurado hacerse acreedores al título de civilizados refinadísimos apropiándose las formalidades de etiqueta de que por un largo proceso histórico, unas cuantas naciones han venido a revestir el acto de dar muerte a su semejante, formalidades que nada cambian a lo deplorable del hecho, y sólo le quitan la única circunstancia atenuante que pueda invocarse en una riña gauchesca: la espontaneidad y la violencia de un momento de arrebató”<sup>8</sup>.

A continuación reproducimos el acta en la que se establecen las condiciones del lance de honor Rosetti-Láinez:

“En el pueblo de San José de Flores y casa habitación del Dr. Manuel Quintana, los que suscriben, representantes de D. Manuel Láinez y D. Carlos Rosetti, a objeto de arreglar las condiciones de un duelo entre ambos, el Sr. Gorostiaga (M.) tomó la palabra y expuso: que la carta que presentaba lo acreditaba, en unión con el Sr. Julio Dantas, para entenderse con el Sr. Rosetti acerca de los términos ofensivos que aparecían en *Sud América* contra D. Manuel Láinez. Los Dres. Sáenz Peña y Ramos Mejía, expusieron a su vez, que se hallaban acreditados en la misma calidad por el Sr. Carlos Rosetti y en consecuencia podrían ocuparse de las bases del duelo. Acto continuo, y haciendo abstracción de quien era el ofendido, se produjo un cambio de ideas para saber si podrían coincidir en la clase de armas que debían emplearse. Los padrinos del Sr. Rosetti propusieron la pistola y por su parte los padrinos del Sr. Láinez el sable. No pudiendo ponerse de acuerdo, se cambiaron distintas proposiciones tendentes todas a igualar en lo posible las condiciones del combate. Estas proposiciones no dieron resultado alguno, por lo cual se resolvió averiguar quien era el ofendido. Tampoco pudo llegarse a una solución, pues ambos sostenían que su ahijado era el ofendido, y en consecuencia tenía la elección del arma. Siendo las once y media de la noche, se resolvió suspender la consideración del asunto hasta el día siguiente, Julio 31, que tuvo lugar la segunda reunión en la misma casa del Dr. Quintana. Presentes los cuatro señores nombrados, el Dr. Ramos Mejía expuso: que era resolución definitiva la de que su ahijado se batiera a pistola, y no con otra arma. El Sr. Dantas dijo en seguida, que tampoco aceptaba otra arma sino el sable; que su ahijado no sabía manejar esta arma como se había creído, y que la superioridad desaparecía. Se produjo un cambio de ideas y no pudiéndose acordar nada definitivo para el combate, se convino en someter a un tercero la resolución de este punto: ¿quién es el ofendido?, aceptando la proposición hecha el día anterior por los

---

<sup>8</sup> “El duelo”, *La Nación*, Buenos Aires, 4 de noviembre de 1892, Editorial, p. 1. El procedimiento del duelo criollo es más sencillo y expeditivo. La defensa del honor de nuestros paisanos se logra directamente en el terreno mediante una reparación por armas blancas. Los padrinos brillarán por su ausencia. En muchos casos, al desafío seguirá inmediatamente el combate. Con frecuencia el campo del honor será la pulpería. En esta clase de duelos no hay reglamentos de esgrima, tienen toda la libertad con las armas en la mano. El auténtico gaucho tiene entre sus códigos terminar un duelo a primera sangre, no va más allá del tajo. Cuando la sangre corre a torrentes, los espectadores -oficiando de testigos y directores del lance- se creen obligados en conciencia a separarlos. Rara vez se reconcilian los contendientes. A diferencia de los lances caballerescos, no habrá actas que documenten el duelo criollo, éste sobrevivirá a través de la memoria popular, el folklore y la literatura. Tampoco habrá médicos para asistir a los combatientes. El origen plebeyo de los duelistas será el motivo de su olvido. Véase el capítulo sobre duelos criollos en: Moyano Dellepiane, Hernán Antonio. “Cuestiones caballerescas en los pagos de la Costa y Las Conchas”, *Revista del Instituto Histórico Municipal de San Isidro*, San Isidro, n° 20, p. 103-110, agosto de 2006. El magistrado español Manuel Rico Lara dice que el duelo criollo se efectúa sin ceremonia ni cita previa, sin padrinos y sin médico. Rico Lara, Manuel. “El duelo: la justicia por su mano”, *Historia 16*, Madrid, n° 242, p. 45, junio de 1996.

Dres. Sáenz Peña y Ramos Mejía. Acordóse, a indicación de los mismos Sres. que el árbitro lo fuera el Dr. Leandro N. Alem, a cuya casa se trasladaron todos incontinentemente. Puesto en posesión de todos los antecedentes y leídos que le fueron los artículos de *El Diario y Sud-América* el Dr. Alem, declaró: que el ofendido era el Sr. Láinez y que de conformidad a las leyes del duelo aceptadas, a él le correspondía la elección del arma, fundando su fallo en los hechos que tenía por delante, y en el principio aplicado en los casos del duelo entre Washington Fernández y el marino brasileiro Sr. Coelho Gomes, y en el incidente entre el Dr. Lucio V. López y el Sr. Viglione. Elegido el sable por los padrinos del Sr. Láinez, estos defirieron a los Sres. Ramos Mejía y Sáenz Peña las condiciones del duelo, que fueron acordadas así: Con sable de Caballería, afilado una tercia, debiendo terminar el combate cuando los médicos declarasen imposibilitado a cualquiera de los combatientes. Con lo cual se dio por terminado este acto, a las dos y cuarenta y cinco minutos del día 31 de Julio del año de mil ochocientos ochenta y cinco.

*Manuel Gorostiaga*

*Roque Sáenz Peña.*

*Julio S. Dantas*

*José M. Ramos Mejía*<sup>9</sup>.

El duelo Fotheringham-Pereyra nos deja una lección ejemplar de ceremonial, ya que se cumplió con la etiqueta exigida por las leyes del Honor:

“Los duelistas se dirigieron al campo de honor.

“Una vez puestos en guardia, el comandante Pereyra pidió se le permitiese cumplir con las leyes de la etiqueta, haciendo el saludo antes del encuentro.

“Contestó el coronel Garmendía, que *lo cortés no quitaba lo valiente*.

“En seguida fueron puestos en guardia, con la recomendación de parte del coronel, que no diesen comienzo al combate antes de que él diera la voz de: *empezad*.

“Pronunciada que fue esta frase, se acometieron con bravura”<sup>10</sup>.

La observancia de un estricto ceremonial en los duelos se debe también a la calidad de las personas involucradas en los mismos.

La constancia del cumplimiento del ceremonial exigido para el duelo quedaba registrada en las actas labradas por los padrinos, como lo hemos comprobado al relevar una amplia jurisprudencia caballeresca. Basta leer el acta del duelo efectuado entre Benito Neto y José Pedro Varela<sup>11</sup>.

---

<sup>9</sup> “Personal”, *La Nación*, Buenos Aires, 2 de agosto de 1885, Noticias, p. 1. Los padrinos canjean las respectivas cartas-poderes que los habilitan para ejercer la representación de sus mandantes. El 29 de agosto de 1890 esta ceremonia fue cumplida fielmente en la ciudad de Buenos Aires por los representantes del teniente coronel Rufino Lara y de Justo S. López de Gomara, a raíz de un incidente originado por un artículo publicado por *El Correo Español* que aludía al señor Emilio Carreró y Garzón. La sangre no corrió ya que los padrinos solucionaron pacíficamente la cuestión caballeresca, dejando salvado y en su lugar el honor de una y otra parte. “Personal”, *La Nación*, Buenos Aires, 30 de agosto de 1890, Campo Neutral, p. 2.

<sup>10</sup> “El duelo de ayer”, *La Crónica*, Buenos Aires, 20 de septiembre de 1885, Informaciones, p. 2. Para darle mayor solemnidad al duelo que se realizaría entre el ingeniero Pelleschi y el doctor Argento, el propietario de la quinta de Barracas donde debía verificarse el lance, recibió a los duelistas en traje de etiqueta. Este duelo a pistola se celebró en la madrugada del 27 de noviembre de 1884. Pelleschi y Argento, miembros expectables de la colonia italiana de Buenos Aires, no se reconciliaron. “El duelo de esta mañana”, *El Nacional*, Buenos Aires, 27 de noviembre de 1884, Correo del día, p. 1.

<sup>11</sup> “Duelo efectuado”, *La Prensa*, Buenos Aires, 12 de abril de 1870, Correo del día, p. 3, donde se publica el acta del lance. Éste tuvo lugar en Buenos Aires, a las seis de la mañana del 12 de abril de 1870. Después del combate, los duelistas se reconciliaron en el campo del honor.

En las noticias periodísticas que comentamos a continuación se dice que se cumplieron todas las formalidades exigidas en los lances de honor. Tal es el caso del duelo a sable y a primera sangre entre el coronel Máximo Bedoya y el teniente coronel Benjamín Moritan. Ocurrió el 21 de marzo de 1884, en una chacra de Caballito. El director del duelo fue el general Lucio Victorio Mansilla, quien invitó a los duelistas a que se dieran la mano, a lo que se negó el teniente coronel Moritan<sup>12</sup>.

Lo mismo sucede en el duelo que enfrentó, a revólver de nueve milímetros y a primera sangre, a Dalmiro Carreras con el mayordomo de una estancia de la campaña bonaerense en las inmediaciones del Lago Saavedra de la ciudad de Buenos Aires<sup>13</sup>.

Se da la misma situación en el duelo concertado a raíz de una polémica periodística entre el profesor José Maynini, director de *El Operaio*, y el doctor Julio Calvi, ex redactor de *La Patria Italiana*, quien había perdido la oreja izquierda al batirse con el profesor de esgrima Panella. El duelo se realizó a las siete y media de la mañana del 29 de enero de 1889 en las afueras de Belgrano. El arma elegida fue el sable de combate con punta y filo. Después de las fórmulas reglamentarias los contendientes se asaltaron cuatro veces y al quinto asalto resultó el doctor Calvi herido en la mano derecha. Con esto se dio por terminado el duelo<sup>14</sup>.

Otro duelo que corresponde mencionar es el concertado entre José L. Dantas y Juan A. Alonso; se realizó el 13 de enero de 1890 en Lomas de Zamora. Una vez en el terreno y llenadas las formalidades del caso, los duelistas sostuvieron cuatro asaltos. Finalizaron con ligeras contusiones y sin heridas de gravedad, pues el lance dio término mediante la intervención amistosa de los padrinos, los que también lograron que los combatientes se reconciliaran en el terreno<sup>15</sup>.

También se cumplieron todas las formalidades exigidas para los lances de honor en el duelo a pistola efectuado entre el coronel Jorge Rohde y el

---

<sup>12</sup> “El final del duelo”, *La Crónica*, Buenos Aires, 22 de marzo de 1884, Informaciones, p. 1.

<sup>13</sup> “El duelo de ayer”, *La Crónica*, Buenos Aires, 22 de abril de 1884, p. 1.

<sup>14</sup> “El duelo de ayer”, *El Correo Español*, Buenos Aires, 30 de enero de 1889, Noticias generales, p. 2.

<sup>15</sup> “Duelo”, *El Correo Español*, Buenos Aires, 15 de enero de 1890, Noticias generales, p. 1. Ejercerá de director del combate o juez de campo el padrino que acuerden los demás en atención a su dominio de las armas; y si todos los padrinos tuvieran iguales condiciones, el de más edad o el elegido por la suerte. El director del duelo es una especie de maestro de ceremonias. Debe entregar las armas, dar las voces de mando y cuidar que se observen las reglas y el ceremonial exigidos para el duelo por las leyes del Honor. Véase: “Personal. Incidente Olivier-Taurel”, *La Nación*, Buenos Aires, 24 de noviembre de 1891, Campo Neutral, p. 2. Se trata del combate efectuado entre Roberto Olivier y Agustín P. Taurel. Concertado a sable con filo y sin punta, tuvo lugar en el partido de Lomas de Zamora, a las nueve y media de la mañana del 23 de noviembre de 1891. Actuaron como médicos los doctores Juan A. Golfarini y Pedro Ganduglia. Los señores Olivier y Taurel se han mostrado con entereza y valor, habiendo observado durante el lance la corrección y compostura debidas.

señor Pedro A. Pardo; tuvo lugar el 5 de abril de 1893 en la chacra que el señor Alberto Serantes posee en Buenos Aires. Luego de disparar dos tiros cada parte, sin hacerse daño, los padrinos intervienen provocando una reconciliación entre los adversarios. Fueron escuchados y momentos después los señores Rohde y Pardo se reconciliaban sobre el terreno, tendiéndose las manos y quedando tan amigos como antes<sup>16</sup>.

Cabe destacar la importancia dada al correcto comportamiento de los combatientes, como lo pone de manifiesto el acta redactada en ocasión del duelo realizado entre los periodistas italianos Giuseppe Boselli y Antonio Pisani. Por dicha acta nos enteramos de que ambos duelistas se portaron con sujeción a las reglas de la más estricta caballería<sup>17</sup>.

El comportamiento caballeresco de los duelistas es registrado por la siguiente crónica periodística, donde sobra cortesía y valor:

“El duelo a que retó el señor Paz a su colega el escribano señor Beltrán en San Nicolás, se llevó a cabo el domingo por la mañana.

“Los protagonistas del drama y los padrinos, concurrieron al terreno del honor, que lo eran unos zanjones cerca del puente del Arroyo del Medio, a la hora convenida.

“Se había convenido que el duelo se efectuase de la manera siguiente.

“A una distancia de veinte pasos y a una señal convenida, cada uno se haría dos tiros de revólver, y si no se hiriesen, el duelo continuaría a espada.

“Puesto el uno frente al otro se hizo el primer disparo.

“La bala disparada por Paz pegó en la baqueta del revólver de Beltrán.

“Se hizo el segundo disparo y la bala de Beltrán pasó rozando la camiseta de Paz.

“En este tiro la bala no salió del revólver de Paz, y Beltrán le exigió por tres veces que hiciese uso de su derecho disparando el segundo tiro.

“El señor Paz, con palabras corteses dijo; que no dispararía mas su revólver, y que puesto que el duelo debía continuar con otras armas no se le exigiese que disparase el tiro que por casualidad no había salido de su revólver.

“Después de fumar un cigarrillo, tomaron las espadas, y puestos en guardia esperaron la señal de ataque, que lo era una palmada.

“Al hacerse ademán de darla, pero antes de que sonara, el señor Paz cargó a su contrario y lo hirió en el brazo derecho.

“Intervinieron los padrinos y Paz se disculpó de su ligereza en atacar, diciendo que creyó que el ademán y el golpe fuesen simultáneos, pero que su error lo salvaba

---

<sup>16</sup> “El duelo Rohde-Pardo”, *La Nación*, Buenos Aires, 6 de abril de 1893, Noticias bonaerenses, p. 1.

<sup>17</sup> “Duelo Boselli-Pisani”, *Sud-América*, Buenos Aires, 24 de enero de 1891, Noticias, p. 2. Este encuentro a sable tuvo lugar en Merlo, Provincia de Buenos Aires, el 22 de enero de 1891. El conde Giovanni Dolfin fue uno de los padrinos. El mismo comportamiento cortés se produjo en el lance de honor que enfrentó al doctor Emilio Pelliccione con el barón Arturo de Castelnuovo. Este duelo a sable afilado sin punta tuvo por epílogo la amputación del brazo derecho del doctor Pelliccione y se llevó a cabo el 18 de diciembre de 1885 en una pintoresca quinta con hermosa vista al río Paraná, conocida con el nombre de “Agazzino”, cerca del pueblo de Alberdi. “Duelo Castelnuovo-Pelliccione”, *El Nacional*, Buenos Aires, 18 de diciembre de 1885, Correo del día, p. 1; “Duelo entre Periodistas”, *La Crónica*, Buenos Aires, 20 de diciembre de 1885, Informaciones, p. 2.

presentándose desarmado a disposición de su contrario, acción que Beltrán no quiso aceptar por la misma razón que Paz no había querido disparar el segundo tiro.

“Se pusieron en guardia por segunda vez y entonces los padrinos no quisieron que el duelo continuase, por creer que la herida de Beltrán lo colocaba en situación desventajosa.

“Dióse pues por terminado, declarando los padrinos que se habían portado sus ahijados, con valor y caballeridad”<sup>18</sup>.

La cortesía y el ceremonial no estuvieron ausentes en el duelo que el 13 de agosto de 1880 tuvo lugar en Montevideo entre el director de *El Correo Español*, Enrique Romero Jiménez, y su antiguo compañero de armas y hermano de causa, el jerezano José Paúl y Angulo.

Una vez en el campo del honor, llenadas las formalidades del caso, reconocidas las pistolas, cargadas y brindadas por los padrinos a los adversarios, el médico que llevaba el señor Romero, que lo era el conocido doctor Herrero y Salas, preparó el botiquín y se dispuso a prestar los auxilios a cualquiera de los dos combatientes que resultase herido.

Colocados convenientemente los duelistas en sus posiciones y después de haberse saludado con las armas, los padrinos dieron las señales acostumbradas y con diferencia de uno o dos segundos se oyeron los dos disparos, habiendo sido el último tiro que se sintió el que disparó el señor Romero. La bala pasó rozando al señor Paúl, quien hizo un leve movimiento, como si hubiese sentido muy cerca el proyectil.

Los adversarios permanecieron en sus sitios, entregaron las pistolas descargadas y tomaron las cargadas que les fueron ofrecidas por los padrinos.

Nuevamente dada la señal de fuego, dos disparos fueron hechos, siendo el primero el del señor Paúl y el del señor Romero un segundo después, viéndose a éste que se llevaba la mano al pecho mientras decía que estaba mal herido.

---

<sup>18</sup> “Duelo entre escribanos”, *La Prensa*, Buenos Aires, 22 de septiembre de 1878, Boletín del día, p. 1. El haber procedido con una hidalguía y caballeridad dignas del mayor encomio le resultó fatal al teniente coronel Pantaleón Gómez, que murió al recibir el plomo del coronel Lucio V. Mansilla. El duelo había sido concertado a diez pasos de distancia y a disparar las armas simultáneamente hasta que uno de los adversarios quedase imposibilitado de continuar el combate. Las armas debían descargarse a la tercer palmada. Sonó la segunda, y el coronel Mansilla hizo fuego. O no había oído bien, o se le escapó el tiro; pero la bala no causó efecto alguno. Los padrinos de ambos duelistas manifestaron al teniente coronel Gómez que tenía derecho de tirar sobre su adversario, puesto que éste, por cualquier causa, había descargado su arma antes de tiempo. El mismo Mansilla apoyaba este derecho y sostenía que su antagonista debía tirar; pero a pesar de todas estas instancias, el teniente coronel Gómez se negó obstinadamente, dando por razón que al coronel Mansilla se le había escapado el tiro. Continuó el duelo. Se cargaron nuevamente las armas, se dio la señal y las dos balas partieron simultáneamente. Ningún resultado. Llegó el tercer tiro. La descarga fue perfectamente simultánea. La bala de Gómez pasó silbando cerca de la cabeza de Mansilla; la de Mansilla penetró en el pecho de Gómez y le atravesó el corazón, causándole la muerte instantáneamente. Los dos adversarios se habían conducido con valor sereno y con toda entereza. “El duelo de ayer”, *La Nación*, Buenos Aires, 8 de febrero de 1880, Noticias del día, p. 1.

El señor Paúl preguntó dónde estaba la herida y exclamó: “¡Maldita pistola!, ¡qué alto he apuntado!”.

Después, uno de los padrinos se acercó a los del señor Romero, se informó de la gravedad de la herida, saludó y con el señor Paúl y el otro testigo subieron a un carruaje y partieron al galope.

Los dos combatientes, una vez en el terreno, demostraron la mayor serenidad, no inmutándose ni un sólo instante, lo que prueba su entereza y la firme decisión que tenían de batirse<sup>19</sup>.

En octubre de 1887, un duelo a espada afilada una cuarta de la punta hacia la empuñadura y a primera sangre tuvo lugar en los campos del Challao, Mendoza. Los contendores eran José M. Usandivaras y Julio L. Aguirre.

A la tercera palmada debía empezar el ataque. Sonó la primera, los dos adversarios se situaron frente a frente, apoyando el extremo inferior de las espadas en tierra. Sonó la segunda, señal de ponerse en guardia. Se oyó la tercera y casi simultáneamente, Aguirre, nervioso, irritado e impaciente, atacó con una estocada en cuarta baja, que Usandivaras quitó. Al mismo tiempo, su espada dirigida en un golpe de cuarta alta hería a su contrario en el frontal con una cuchillada que hubiera sido terrible a no haber embotado en el hueso que tocó levemente. Otra palmada sonó cesando el duelo. El herido, que no cayó, fue atendido inmediatamente por el doctor Zelaya, quien le practicó la primera cura allí mismo, ayudado de los padrinos de ambas partes. Se labró el acta de estilo<sup>20</sup>.

La exigencia del trato cortés entre caballeros está presente en los incidentes que a continuación transcribimos:

### Incidente Bollini-Peyret

“Octubre 18 de 1890.- Sr. Francisco P. Bollini.- Estimado amigo: Cumpliendo su encargo nos acercamos hoy al Dr. Luis A. Peyret con el fin de que tuviera a bien explicarnos las palabras ofensivas sobre V. que La Nación de hoy le atribuye. Como lo

---

<sup>19</sup> “El duelo Jiménez-Angulo”, *La Nación*, Buenos Aires, 17 de agosto de 1880, Noticias del día, p. 1. Enrique Romero Jiménez, en 1868, dirige la revuelta republicana de Málaga. Cura apóstata, fanático liberal y orador impetuoso, se había atrevido a lanzar desde el púlpito un sermón tremebundo en unas honras fúnebres al general Torrijos. Sentenciado a pena de muerte, emigra a Buenos Aires donde lanza *El Correo Español* el 29 de julio de 1872. Fue un diario quemante, belicoso y admirablemente bien escrito. En el Río de la Plata consagra su vida a tres pasiones: su mujer ciega Eloísa González, el general Mitre y España. Muere el 22 de agosto de 1880 a consecuencia de las heridas recibidas en el lance de honor en estudio. Berenguer Carisomo, Arturo. *España en la Argentina (Ensayo sobre una contribución a la cultura nacional)*, Buenos Aires, Club Español, 1953, p. 68-69.

<sup>20</sup> “Un duelo en Mendoza”, *El Correo Español*, Buenos Aires, 15 de octubre de 1887, Noticias generales, p. 2.

esperábamos, el doctor Peyret nos manifestó que él no había proferido palabra alguna que pusiera en duda su cortesía y urbanidad: agregó que no tenía ni había tenido nunca el más mínimo motivo para expresarse inconvenientemente sobre V. y nos ofreció al mismo tiempo dirigirnos una carta expresándonos esos sentimientos. Acabamos de recibir esa carta que le adjuntamos y con lo que a nuestro juicio queda completamente terminado el asunto.

“Dejando así cumplida la comisión que nos confió somos sus affmos.- *Lucio V. López; Julián Martínez.*-

“Octubre 18 de 1890.- Señores Lucio V. López y Julián Martínez.- Contestando a las preguntas que Vv. se sirvieron dirigirme en mi despacho en lo referente a un suelto de La Nación de hoy, donde se dice que el Sr. Bollini me hizo contestar de una manera *impertinente y descortés*, debo declararles que no recuerdo haber pronunciado tales palabras ni tengo por qué ofender al Sr. Bollini en lo más mínimo. Hoy mismo me dirijo a mi amigo el Dr. Gouchon con quien hablé de este asunto después de haber sido resuelto, pidiéndole una rectificación del suelto.

“En la seguridad de dejar satisfecha la explicación pedida por Vv., tengo el gusto de saludarlos.- *L. A. Peyret.*- C/de Vv. Paraná 158”<sup>21</sup>.

### Incidente Cervera-Robert

“Ruego al señor director de La Nación se sirva publicar la siguiente acta por lo que de antemano queda agradecido S. S. S.- *César Cervera* - Buenos Aires, 18 de enero de 1891:

“Los que suscriben, en representación de D. César Cervera y Malagrava se apersonaron en el domicilio de D. José Robert y Coral, calle de Piedad número 343, con el objeto de exigirle una satisfacción por las frases y conceptos injuriosos que dicho señor ha vertido contra nuestro apadrinado Sr. Cervera.

“El Sr. Robert, faltando a todas las reglas de urbanidad y cortesía, nos recibió y trató de un modo impropio, dando lugar a que el Sr. Rojas se viese en la necesidad de aplicarle un correctivo que él aceptó de buen grado.

“De la entrevista celebrada resultan los siguientes extremos:

“1°. Que el Sr. Robert y Coral no da explicaciones de ningún género; no nombra personas que lo representen, ni va al terreno donde estas cosas dirimen sus cuestiones las personas de honor.

“2°. Que el Sr. D. César Cervera queda en el lugar honroso, que siempre ocupó, dejando al juicio público, el que le corresponde al Sr. Robert por su proceder en este caso.

“Y para que el Sr. Cervera pueda hacer el uso que crea oportuno de la presente acta, la firmamos en Buenos Aires a diez y seis de enero de mil ochocientos noventa y uno.- *José Rojas - Mariano De-Rico*”<sup>22</sup>.

En la cuestión caballeresca habida en Buenos Aires entre Ernesto Eckell y Rafael Torello, los padrinos de éste, doctor Teófilo Saa y Joaquín Castellanos, manifestaron que tenían instrucciones de provocar al señor Eckell a un duelo a muerte, a lo cual sus padrinos respondieron que sobre esa base

<sup>21</sup> “Personal”, *La Nación*, Buenos Aires, 21 de octubre de 1890, Campo Neutral, p. 2.

<sup>22</sup> “Acta”, *La Nación*, Buenos Aires, 20 de enero de 1891, Campo Neutral, p. 2.

era imposible llegar a un acuerdo. Esta actitud poco caballeresca de los padrinos de Torello merece la mayor condena<sup>23</sup>.

Una grave ofensa dio lugar a que Giacomo Casanova, Caballero Gran Cruz de la pontificia Orden de la Espuela de Oro, desafiase el miércoles 5 de marzo de 1766 al gran general Xaverio Branicki, jefe del partido pro-ruso de la corte polaca. Este noble cosaco había aprendido a derramar la sangre de los enemigos sin odiarlos, a buscar la venganza sin ira, a matar sin descortesía y a preferir el honor a la vida. Ambos caballeros eran favoritos del rey Estanislao Augusto de Polonia. Semejante ofensa no impidió que la cortesía y la magnanimidad estuviesen presentes en el cartel de desafío, en la respuesta de Branicki aceptando batirse, en la concertación del lance y en el campo del honor. Los duelistas se reconciliaron y quedaron buenos amigos. A causa del duelo, Casanova tuvo que irse de Varsovia. Antes de partir, arriesgando su vida, tuvo la delicadeza de visitar al gran general mientras éste se recuperaba de la herida causada por la pistola del galante veneciano. A partir de entonces la estrella de Casanova empezó a decaer, no pudiendo obtener el remunerador cargo al que aspiraba en la corte polaca<sup>24</sup>.

Resulta interesante transcribir el duelo entre el Conde de Artois, más tarde -1824-1830- Carlos X de Francia, y el Duque de Borbón, señalado por Hipólito Taine en su obra *El antiguo régimen* como modelo, por la forma correcta y elegante en que se desarrolló el incidente, propia de la época:

“En cuanto monseñor el conde de Artois le vio, bajó del carruaje y yendo derecho a él, le dijo sonriendo:

“- Señor, dice el público que nos buscamos. Monseñor el duque de Borbón respondió sin quitarse el sombrero:

“- Señor; estoy aquí para recibir vuestras órdenes.

“- Para ejecutar las vuestras -replicó el conde de Artois- es preciso que me permitáis llegar hasta mi carruaje-. Vuelve con una espada, empieza el combate; al cabo de algún tiempo, se les separa. Los testigos juzgan que el honor está satisfecho.

“- No soy yo el que debe tener una opinión -repuso el conde Artois-; Monseñor el duque de Borbón es quien ha de decir lo que desea; aquí estoy para recibir sus órdenes.

“- Señor -contestó el duque de Borbón, dirigiendo la palabra al conde Artois y bajando la punta de su espada-, estoy en extremo agradecido a vuestras bondades, y no olvidaré jamás el honor que me habéis dispensado”<sup>25</sup>.

---

<sup>23</sup> “Personal”, *La Nación*, Buenos Aires, 5 de febrero de 1891, Campo Neutral, p. 2.

<sup>24</sup> Casanova, Giacomo. *El duelo*, Barcelona, Ediciones B, 1988. Sobre la prestigiosa Orden de la Espuela de Oro, véase: Montilla Zavalía, Félix Alberto. *Las órdenes de caballería y las órdenes honoríficas católicas en la actualidad*, Buenos Aires, Editorial Dunken, 2001.

<sup>25</sup> Rivanera, José J., op. cit., p. 41-42. Puede también citarse uno de los tantos duelos realizados por motivos intrascendentes en 1651. Se trata del caso del marido de Madame de Sevigné, que fue acusado de haber hablado mal del caballero de Albret; como era inocente negó tal circunstancia, pero solamente -dijo- para

Graves ofensas al príncipe Antonio María Felipe Luis de Orleáns, Duque de Montpensier, y a su familia, ventiladas en la prensa española por el príncipe Enrique de Borbón y de Borbón, Duque de Sevilla, obligaron al primero a desafiar al Duque de Sevilla como único medio posible de reparar el honor familiar ultrajado. El duelo a pistola en el que perdió la vida el Duque de Sevilla tuvo lugar en la dehesa de Los Carabancheles, al suroeste de Madrid, el 12 de marzo de 1870. Los generales don Fernando Fernández de Córdoba, don Juan Alaminos y don Felipe Solís fueron las personas elegidas por el Duque de Montpensier para apadrinarle. El infante don Enrique, por su parte, escogió como padrinos a don Federico Rubio y a don Emilio Santamaría.

Este lance de honor se origina en una antigua enemistad entre ambos parientes y por pretender el Duque de Montpensier, el trono de España. Montpensier tuvo la cortesía de mandarle preguntar a su primo si el escrito titulado “A los Montpensieristas” era de su autoría. Habiendo éste respondido afirmativamente, se vio en la necesidad de pedirle una retractación de tales insultos. Al no obtener ninguna clase de satisfacción, tuvo que lavar las ofensas en el campo del honor. El lance se verificó con todo el ceremonial que correspondía a personas de la jerarquía de los contendientes.

Benito Pérez Galdós en sus *Episodios Nacionales* hace hincapié en el aspecto ritual del duelo:

“- Mira: ya están los caballeros de Orleáns y Borbón cada uno en su puesto. [...] Fíjate ... parecen estatuas, ambos están serenos, con la serenidad del honor, [...] Ninguno de ellos deja ver la procesión que le anda por dentro ... Mientras los sacerdotes del Destino permanecen como marmolillos, entregados a la meditación y al cálculo de las probabilidades de vida o muerte, los acólitos se ocupan en cargar las pistolas, operación delicada que realizan metódicamente, devotamente ... Las balas son el símbolo del honor, ... son el criterio, el sí y el no de este tribunal que llamamos Juicio de Dios ... Las balas deciden, y tienen siempre razón”<sup>26</sup>.

---

rendir homenaje a la verdad y no para justificarse, lo que no hacía jamás sino por medio de las armas. Llegados al terreno y luego de haberle asegurado al caballero de Albret que era su servidor y de haberle abrazado, tomaron las armas y momentos después resultaba muerto. La bella y talentosa escritora francesa quedó entonces viuda a los veinticinco años de edad, con dos hijos, un título de marquesa y una colosal fortuna. Su padre, Celso Benigno de Rabutín-Chantal, fue un famoso duelista que, desterrado por Richelieu a la isla de Ré, pereció en ella en un desafío. Mujer de un tacto tan exquisito como práctico, prefirió, en vez de escoger entre sus numerosos adoradores, renunciar para siempre a un segundo matrimonio, consagrándose a conservar su fortuna para sus hijos. Dividiendo su tiempo entre la educación de aquéllos y el cultivo de sus relaciones con la más alta sociedad, supo vivir en medio de un mundo eminentemente galante, rodeada de lisonjas y de admiración, pero haciéndose respetar siempre. Las *Cartas* de Madame de Sevigné son uno de los más preciosos documentos para el estudio de las costumbres del siglo XVIII, y acaso con más precisión que obra alguna dan la clave de muchos de los acontecimientos políticos de aquel tiempo.

<sup>26</sup> Rodríguez de Maribona y Dávila, Manuel María. *El Ducado de Sevilla. Un duelo que cambió la historia*, Madrid, El Perseverante Borgoña, 1992, p. 126. En la historia del Derecho se entiende por juicios de Dios a

El mencionado fray Gerundio también le informa a Pelegrin lo siguiente:

“La juventud universitaria de Alemania, que debe ser toda muy cobarde, deseosa de abolir los desafíos, que califica como tú de costumbre bárbara, ha pedido al gobierno que establezca jurados compuestos de hombres ilustrados, y prudentes para que cada vez que ocurra un lance de honor en que uno cree haber recibido una injuria y se supone con derecho a vindicar su honor vulnerado, decidan y fallen entre las partes contendientes, y determinen la satisfacción que el ofensor deba dar al ofendido. De esta manera, dicen, y por medio de esta especie de jueces de paz, se pueden cortar al propio tiempo mil desavenencias, que muchas veces no nacen de una verdadera injuria, sino de una errada y cavilosa interpretación, o de una equivocada inteligencia de cualquier palabra insignificante. Y este mismo medio es el que proponen también muchos sabios publicistas, entre ellos el famoso *Mr. Dupin*; Presidente de la cámara de los diputados de Francia”<sup>27</sup>.

Los duelos entre estudiantes universitarios alemanes eran moneda corriente. Era muy mal visto no tenerlos. Cuando pasan muchos días sin duelos, sienten los estudiantes una verdadera nostalgia y conciertan varios para desquitarse, inventando motivos. Recordamos un encuentro a espada efectuado en la sala de armas de la Universidad de Leipzig, alrededor de 1885. Todos los partícipes ocuparon el lugar asignado. Los adversarios fueron colocados frente a frente mientras dos testigos con espada en mano tomaron sus puestos cerca de ellos. El estudiante juez del combate ocupó el centro de la plataforma y otro estudiante se situó a su lado con reloj abierto y un libro para tomar nota del tiempo y del número y naturaleza de las heridas; y por fin un cirujano de cabello gris se colocó al otro lado con su caja de instrumentos, vendajes e hilos. Después de una breve pausa los duelistas saludaron respetuosamente al juez y enseguida, uno tras otro, los demás estudiantes que

---

un género de pruebas consistentes en ciertos medios por los cuales se creía provocar la intervención de la Divinidad para aseverar un hecho, decidiendo acerca de la culpabilidad o inocencia del acusado. En la Edad Media, para probar la verdad los caballeros acudían al duelo judicial o juicio por batalla, que era una clase de juicio de Dios. Esta costumbre se sostuvo por largo tiempo en las leyes y en la práctica. El final trágico del duelo reseñado anteriormente cambió el destino de la historia de España, al impedir la subida a su trono de un Orleáns. El Duque de Montpensier fue uno de los personajes singulares del siglo XIX español, tanto por su abolengo -hijo de Luis Felipe de Francia, cuñado de Isabel II, suegro de Alfonso XII- como por sus conspiraciones para derrocar a la Reina y por sus frustradas aspiraciones al Trono. Véase también: Rico Lara, Manuel. “Duelo entre aspirantes al trono”, *Historia 16*, Madrid, n° 242, p. 46-50, junio de 1996; Calvo Poyato, José. “El duque de Montpensier, el gran conspirador”, *La aventura de la Historia*, Madrid, n° 6, p. 36, abril de 1999.

<sup>27</sup> Fray Gerundio. “Desafíos”, *El Comercio del Plata*, Montevideo, 19 de noviembre de 1846, p. 2. Fray Gerundio sostiene que esas decisiones del jurado, si bien evitarían muchos disgustos, quitarían a los desafíos todo el mérito, todo el chiste, toda la parte dramática y, toda la belleza, moral y filosofía que encierran.

atendían a los combatientes avanzaron al frente de la plataforma, hicieron igual saludo y volvieron a ocupar sus puestos<sup>28</sup>.

El estudiante universitario de la Alemania de 1909, tenía a gala resucitar la vida legendaria de los espadachines y salirse de las costumbres burguesas y prosaicas. Estaba organizado en asociaciones, que recibían el nombre de *corps* o de *verbindungen*. El *corps* era más aristocrático; el *verbindungen* más modesto; los dos grupos se odiaban con verdadero antagonismo de castas; sólo estaban de acuerdo en una cosa: en despreciar al estudiante sencillo, asiduo y laborioso, al que daban el nombre despectivo de filisteo.

Cada asociación universitaria, cualquiera fuere su categoría, tenía su sello, sus colores -que eran los de la gorra y la banda-, sus oficiales y sus leyes propias. Los días de ceremonia -cuando había alguna fiesta patriótica, cuando la universidad celebraba su centenario o en otros casos análogos-, los oficiales vestían de gala: guerrera de terciopelo, calzón blanco, gorra, banda, botas de montar y sable, y desfilaban con sus banderas al frente.

Las condiciones para la admisión de un nuevo miembro variaban según las distintas sociedades. El neófito recibía el nombre de *fuchs* (zorro) y quedaba sujeto a un aprendizaje especial, verdadera iniciación, que le enseñaba a beber, a batirse y a cantar; porque éstas eran las tres misiones que la sociedad se proponía cumplir. Dos o tres veces por semana, generalmente los miércoles y sábados, cada asociación se reunía en su local, que solía ser el piso alto de una cervecería, para celebrar una *kneipe*, reunión en la que se entonaban cantos celebrando a Dios, a la patria y a la juventud, y se bebían los *boks* de cerveza a docenas. Un miembro antiguo, que tomaba el título de

---

<sup>28</sup> A. N. "Un duelo entre estudiantes. Recuerdos de viaje", *La Crónica*, Buenos Aires, 14 de abril de 1885, p. 2. Estos duelos se efectuaban entre estudiantes de diferentes cofradías universitarias que tenían sus propios reglamentos para llevarlos a cabo. Producido un hecho que da lugar a duelo, dos comisiones son nombradas, una por cada bando. Éstas con los candidatos, médicos y asistentes se dirigen al sitio donde ha de tener lugar el duelo. Una vez allí, la comisión A, por ejemplo, ocupa sus bancos y pide cerveza. Los miembros de la comisión B, como si fueran invitados se acercan amigablemente a los primeros, disimulando su propósito ante los mozos de la casa, por cierto instruidos ya del asunto que todos aparentan ignorar. Alrededor de las mesas se conciertan los detalles del duelo y en el momento oportuno pasan todos al local preparado, una sala de armas provista de todo lo necesario para el duelo y las curaciones. Casi exclusivamente se usa la espada, una espada especial, sin punta y cortante sólo en una sección intermedia, a cierta distancia del extremo y de la empuñadura. Sólo son permitidos los golpes cortantes; jamás se emplea la espada como florete y no se busca herir sino la cara o la cabeza. La lucha se realiza con sujeción absoluta a las reglas y con obediencia ciega a la voz de los padrinos. Una vez finalizado el combate, se lavan y curan las heridas y si el tiempo y circunstancias lo permiten, se vuelve a tomar cerveza. Wilde, Eduardo. *Páginas escogidas*, Buenos Aires, Editorial Estrada, 1955, p. 241-247. Este relato que hace Wilde sobre los duelos universitarios alemanes forma parte de un libro de viajes que publicó en 1899. Entre los mencionados estudiantes también eran frecuentes los llamados duelos a cerveza, esta vez sin tanto ceremonial y terminando muchos en cuestiones con la policía, como corolario de las travesuras cometidas a consecuencia del extraordinario consumo de "cebada". En Alemania, el duelo estaba reglamentado para el ejército en los Tribunales de Honor.

*fuchsmajor* (zorro en jefe), dirigía la ceremonia indicando sus diferentes partes con golpes de plano dados sobre la mesa con un sable.

A veces, varias sociedades se reunían para celebrar un *comment*. Los miembros de todas ellas tomaban asiento en torno de una inmensa mesa llena de fiambres y de numerosos *boks* de porcelana, de un litro de cabida. Un *praeses* (presidente), de uniforme de gala, dirigía la fiesta, sable en mano, conforme a un código especial que todo estudiante debía conocer. La menor desobediencia, la más pequeña falta de etiqueta, obligaba al culpable a beber tantos litros de cerveza como el *praeses* tuviera a bien disponer.

Esas fiestas no terminaban nunca sin cantar el *Landesvater*, canción patriótica que emociona a todo buen alemán, y el coro báquico latino *Gaudeamus Igitur*, al que acompañaban los golpes de los *boks* sobre la mesa.

Consecuencia de esas reuniones eran los duelos, los célebres desafíos de estudiantes, tan famosos como absurdos. Una ligera falta de educación, una pequeña rivalidad, un disgusto entre dos asociaciones, debía lavarse con sangre. Negarse a batirse, era para un estudiante alemán entregarse de lleno al desprecio y al insulto; el duelo, en cambio, era como un certificado de virilidad, que excitaba la admiración de los hombres y la simpatía de las mujeres. Las tímidas doncellas teutonas contaban las cicatrices que sus novios traían de la universidad, como si las trajeran del campo de batalla.

Los desafíos se llevaban a efecto en alguna cervecería extraviada a puerta cerrada y con centinelas, que avisaban si llegaba la policía. Todos los miembros de la sociedad o sociedades a que pertenecían los contendientes, tenían derecho a asistir a la *mensur*, que así se llamaban esos encuentros; uno de ellos hacía de juez de campo, y otro de médico. Los adversarios se protegían el pecho, el cuello y los brazos con gruesas almohadillas, y el vientre y los muslos con un fuerte delantal de cuero; también solían ponerse anteojos muy gruesos. El duelo no podía pactarse a muerte, limitándose tan sólo a herirse en la cara y la cabeza; los golpes de punta seguían prohibidos. Como armas, se usaban enormes sables de hoja recta, sin punta, cortantes como navajas de afeitar y con una cazoleta muy grande, donde brillaban los colores del *corps*.

A una señal, los dos adversarios chocaban sus aceros, haciendo molinetes, durante los cuales procuraban tocarse en las mejillas, en las orejas o en el cráneo. Todos los estudiantes eran buenos esgrimistas, porque además de tener clases de esgrima en la universidad, practicaban todos los días en la asociación con sus sables; de modo que a veces pasaba largo rato sin que los duelistas lograran herirse. Por fin, uno de los aceros, cruzando el rostro del contrario, dejaba una larga huella sangrienta. El juez de campo interponía su sable, el médico examinaba la herida y si no era muy profunda continuaba la

lucha, que duraba hasta que los dos combatientes quedaran exhaustos y, cubiertos de sangre, pasaban a manos del médico, que se encargaba de lavarles y ponerles parches, mientras los demás estudiantes aplaudían a rabiar.

Los adversarios, lavada la ofensa, se daban la mano, y al día siguiente lucían juntos por calles y plazas, en la universidad y en el teatro, sus vendas y tafetanes. La curación era lenta, como hecha de cualquier manera, pero eso era precisamente lo que deseaba el estudiante alemán, cuyo orgullo se cifraba en lucir sus rasguños el mayor tiempo posible y en que dejaran profundas cicatrices. Aparte de esos duelos, que se castigaban con cierta ligereza, los universitarios alemanes tenían otras veces encuentros más serios; entonces se batían desnudos de cintura para arriba y se asestaban golpes mortales; pero el emperador Guillermo II prohibió severamente esa clase de desafíos, con pena mínima de seis meses de cárcel para el que participara en un duelo<sup>29</sup>.

Veamos a continuación otros casos de reconciliación de los duelistas:

En diciembre de 1885 tuvo lugar en Bell Ville, Córdoba, un duelo a pistola entre Rufino Varela Ortiz y el doctor Carlos S. Bollini. Concertado a primera sangre, se hicieron simultáneamente tres disparos que no produjeron heridas. Los padrinos se reunieron y, después de una breve conferencia,

---

<sup>29</sup> “Los pintorescos estudiantes alemanes. Sus curiosas costumbres y sus duelos”, *Alrededor del Mundo*, Madrid, t. 20, n° 519, p. 295-296, 12 de mayo de 1909. Las ceremonias descritas ocurrían en las *kneipes* o cervecerías frecuentadas por los estudiantes de las universidades de Heidelberg, Gotinga, Jena y de otras prestigiosas casas de altos estudios del Imperio. Alemania tiene la *kneipe*. Ésta no se parece al café. La palabra misma apenas podría traducirse por la de taberna. Es un local completamente germánico, donde un bávaro desarrolla todas sus facultades. A menudo está ella en un sótano, algunas veces en el piso de la calle; cortinas que fueron blancas, pero amarilladas por el humo, ocultan el interior a las miradas de los transeúntes, e impiden que los bebedores sean distraídos por las escenas de afuera. Arriba de la puerta hay un farol colorado que indica que todo el servicio es hecho por bellas mujeres. El mobiliario no es rico; sillas y mesas de abeto hacen todo el gasto. La vida de la *kneipe* es todo un lado de la vida alemana. Hoffmann, Burger, Goethe mismo se han puesto de codos sobre las mesas húmedas. Allí ahogándose en una neblina de humo, respirando el olor de cebada que esparce la cerveza, ellos han visto pasar, como en una nube caprichosa, sus fantásticas creaciones. E. R. “Cuadros parisienses. La kneipe”, *La Crónica*, Buenos Aires, 27 de septiembre de 1885, p. 2. Contrariando la censura generalizada, la condena civil y eclesiástica, en enero de 1936 Hitler impuso en el Código de Honor de los universitarios alemanes “que el honor no puede lavarse más que con sangre”. Consecuentemente el duelo se hizo obligatorio para los estudiantes germanos. Lozier Almazán, Bernardo P. *El Arcón de los Recuerdos*, San Isidro, Carta Abierta, 2000, t. 5, p. 40. Diferente opinión tenía el dueño de un café de la estación del ferrocarril de Amberes, quien afirmaba que para lavar las manchas del honor, daba mejor resultado el agua que la sangre, por lo tanto recomendaba batirse a ducha. Con ese hombre expeditivo, que no se preocupaba por la etiqueta exigida en los lances de honor, se toparon dos burgueses de Lieja que tomaban un refresco en su local. Allí se suscitó una acalorada discusión, y tras de las palabras vinieron los argumentos contundentes. Los insultos que mutuamente se habían dirigido no podían, en su sentir, borrarse más que con sangre; pero surgió una dificultad no pequeña: la falta de armas. El propietario del café entregó un cubo a cada duelista, con abundante provisión de agua; los rivales se dirigieron al andén del tren y empezaron a remojarse mutuamente con gran furia. A los pocos momentos el agua había enfriado los ánimos; se dio por terminado el lance, y los adversarios se fueron a mudar de ropa. “Desafíos extravagantes”, *Alrededor del Mundo*, Madrid, t. 13, n° 322, p. 68, 3 de agosto de 1905.

resolvieron dar por terminado el lance, ya que consideraron que sus ahijados habían satisfecho todas las exigencias del honor. Han demostrado en el terreno una serenidad admirable, digna de los avezados a encuentros de este género. Como se acostumbra en estos casos, los jóvenes Varela y Bollini se estrecharon la mano. Gracias a la intervención de las personas que allí se encontraban, restablecieron entre ambos su antigua relación, olvidando las ofensas que pudieron ocasionar un resultado sangriento<sup>30</sup>.

Con motivo de una discusión sobre los méritos de la artista Sarah Bernhardt, a las cuatro de la tarde del 2 de agosto de 1886 se batieron en San José de Flores los periodistas Cerruti y L’Huissier, de las redacciones de *La Patria Italiana* y *L’Independent*. Terminado el encuentro a sable, esos señores se estrecharon cordialmente la mano. Los testigos pudieron constatar el valor extraordinario de que dieron pruebas ambos adversarios sobre el terreno<sup>31</sup>.

### Duelo Larsen-Espinosa

“Se da comienzo al cuarto encuentro, que dura muy poco. El señor Espinosa ha sido herido en el brazo derecho y Lársen ha recibido un corte que le ha causado una lesión superficial en la región temporal.

“Entonces se suspende. El Dr. Beracochea se adelanta y manifiesta que la actitud de los duelistas no puede haber sido más caballerescas y satisfactorias. Pide, en consecuencia, que todo termine allí, a lo cual los padrinos del Sr. Espinosa responden que no opondrán dificultad, si el Sr. Lársen se adelanta a dar la mano a su adversario.

“Mientras los duelistas permanecían en el terreno, con las armas en la mano, se redactó el acta que publicamos en la sección correspondiente, y se dio lectura de ella.

“El Sr. Lársen hizo entonces el ademán para estirar la mano; pero un movimiento abrevió la acción y un segundo después los combatientes, antiguos amigos, se estrechaban con afecto.

“Aquella leal reconciliación fue acogida con visibles muestras de complacencia y buen humor por todos los presentes.

“El combate había durado media hora.

---

<sup>30</sup> “Los duelos en Córdoba. Varela-Bollini”, *La Crónica*, Buenos Aires, 13 de diciembre de 1885, p. 1. Véase también: “Desenlace curioso”, *La Crónica*, Buenos Aires, 9 de diciembre de 1885, Informaciones, p. 2.

<sup>31</sup> “Corrió sangre”, *El Correo Español*, Buenos Aires, 4 de agosto de 1886, Noticias generales, p. 2. El sábado 17 de julio de 1886 Sarah Bernhardt debuta entre nosotros con *Fedora*. Días antes estaba en Río de Janeiro donde fue ovacionada como nunca se había visto, llegando hasta el delirio y recibiendo regalos del Emperador del Brasil y de la colonia francesa. En el mes de agosto, varios franceses radicados en Buenos Aires la obsequiarán con un banquete en el salón del Teatro Nacional. En el establecimiento musical de los señores Arturo Demarchi y Ca. se imprimió un precioso vals del maestro Grossi titulado *Sarah Bernhardt*, como homenaje a la eximia artista. “Sarah Bernhardt”, *Sud-América*, Buenos Aires, 12 de julio de 1886, Noticias, p. 1; “Sarah Bernhardt”, *Sud-América*, Buenos Aires, 15 de julio de 1886, Noticias, p. 2; “El banquete a Sarah”, *El Correo Español*, Buenos Aires, 2 y 3 de agosto de 1886, Noticias generales, p. 2.

“Dicen que al regresar, en el tren, Lársen se desquitó de la obligada continencia verbal de los últimos días, dando a Espinosa un solo tremendo sobre clásicos griegos y latinos.

“El Sr. Espinosa, sus padrinos y numerosos amigos comieron en el café de París, invitados por el Dr. Udaondo.

“Fueron tema de las conversaciones de los comensales la serenidad y el valor que demostraron los duelistas, cuya corrección durante el lance fue de todo punto de vista irreprochable, como la ha sido la de los caballeros que en él han intervenido”<sup>32</sup>.

“Acta del combate

“En el paraje convenido, a seis de octubre de 1891 y siendo las 2 p. m., se encontraron sobre el terreno designado de común acuerdo, los Sres. Gabriel Lársen del Castaño y Manuel A. Espinosa, acompañados de sus respectivos representantes y de los señores cirujanos Dr. Guillermo Udaondo y Dr. Enrique Bazterrica.

“Se procedió a dar lectura de las condiciones a que el encuentro debía someterse, por el general Capdevila, nombrado director del combate, y dio comienzo el duelo.

“Tuvieron lugar cuatro encuentros, en tres de los cuales ambos combatientes recibieron heridas, conceptuadas leves por los médicos.

“En este estado, los señores general Teodoro García y Dr. Pascual Beracochea, representantes del Sr. Gabriel Lársen del Castaño, manifestaron que, en virtud de la conducta observada por los combatientes y la situación respectiva, recordando también la intervención tomada por los miembros de la cámara de diputados en la solicitud presentada la víspera a los representantes del Sr. Espinosa y del Sr. Lársen del Castaño y considerando que el honor había sido satisfecho, invitaban a los Sres. general Alberto Capdevila y Rufino Varela Ortiz a dar por terminado el duelo. Los Sres. Varela Ortiz y general Capdevila, representantes del señor Manuel Espinosa, contestaron que en vista de las consideraciones expuestas, aceptaban la terminación del duelo, siempre que el Dr. Gabriel Lársen del Castaño se adelantara a dar la mano al Sr. Manuel Espinosa y, declarándole un perfecto caballero, se dieran por no pronunciadas por ambos las palabras ofensivas que los habían traído al terreno.

“De perfecto acuerdo los representantes de ambas partes, cumplieron estas condiciones y se declaró terminado el duelo y a salvo el honor de los combatientes, firmando los testigos dos de un tenor.

“*Teodoro García - P. Beracochea - R. Varela Ortiz - Alberto Capdevila - Enrique Bazterrica - Guillermo Udaondo*”<sup>33</sup>.

El duelo a espada de combate decidido entre S.A.R. el príncipe Víctor Manuel de Saboya-Aosta, Conde de Turín, y S.A.R. el príncipe Enrique de Orleans, se efectuó a las cinco de la mañana del 15 de agosto de 1897 en el bosque de Vaucresson, Francia. El Conde de Turín es sobrino del Rey de

<sup>32</sup> “El duelo de ayer”, *La Nación*, Buenos Aires, 7 de octubre de 1891, Noticias, p. 2.

<sup>33</sup> “Personal. Lance Lársen-Espinosa”, *La Nación*, Buenos Aires, 7 de octubre de 1891, Campo Neutral, p. 2. El doctor Larsen del Castaño tenía una sala de esgrima en su mansión de la avenida Alvear 477. Larsen del Castaño, Gabriel. “Variaciones”, *Sud-América*, Buenos Aires, 26 de octubre de 1891, p. 1. Véase su biografía en: Moyano Dellepiane, Hernán Antonio, “Cuestiones caballerescas en los pagos de la Costa y Las Conchas”, p. 62-63, nota 56.

Italia, Humberto I de Saboya. Sus padrinos son el coronel conde Felice Avogadro di Quinto y el coronel Francisco Vicino Palavicino. Los representantes del príncipe de Orleans son el capitán conde Nicolás de Leontieff, gobernador general de las provincias ecuatoriales de Etiopía, y el ingeniero Raúl Mourichon. El Conde de Turín había desafiado al príncipe de Orleans a consecuencia de las ofensas a Italia escritas por éste en sus cartas a *Le Figaro* de París.

En el campo del honor se saludan respetuosamente duelistas, padrinos y médicos. Después del último asalto y durante la cura de la herida en el vientre del príncipe de Orleans, éste alarga su mano al conde de Turín, diciéndole:

“Permítame, monseñor, de apretarle la mano”<sup>34</sup>.

El conde de Turín le estrecha la mano. Al pasar junto al Conde de Leontieff y al ingeniero Mourichon, también les estrecha las manos.

*La Nación* formula estos votos:

“Confiamos en que el enojoso asunto quede con esto definitivamente concluido y hagamos votos para que no deje rastros en las relaciones franco italianas y que el apretón de manos que se dieron los duelistas al separarse, sea el signo del olvido recíproco y de la reconciliación de los dos pueblos”<sup>35</sup>.

A raíz de una publicación efectuada en *La Nación* del 25 de octubre de 1901 por el maestro de armas Enrique Lancia di Brolo, referente al torneo de maestros realizado en el Club de Gimnasia y Esgrima, el maestro Domingo Bedonni envió sus padrinos a aquél. El barón Lancia di Brolo acusaba a los maestros Bedonni y Rafael Roqué de haber facilitado intencionalmente el triunfo del profesor Juan Bay (h), en los *gironi* de florete, dejando de replicar a sus golpes y manteniéndose en una actitud de estricta defensiva. La misma opinión expresaba *La Nación* en su edición del día anterior. El esgrimista aficionado Andrés del Pino y el príncipe Carlos Colonna di Stigliano apadrinaron al profesor Lancia di Brolo, y los tenientes Alberto Dellepiane y Ramón Tristany al profesor Bedonni. Por causas verdaderamente nimias, en las primeras horas de la mañana del domingo 27 de octubre de 1901 se verificó el duelo concertado a sable de salón, con punta, filo y contrafilo, sin exclusión de golpe, resultando herido en un brazo al tercer asalto, el teniente Bedonni.

Ni el hecho de estipularse la terminación del combate cuando uno de los adversarios quedara imposibilitado o en condiciones desventajosas para continuarlo aunque semejante condición no se justificaba pues no hubo ofensa grave, ni la extensa duración del mismo, ni la dolorosa herida del maestro

---

<sup>34</sup> “Duelo Turín-Orleans. Las actas. Otros detalles”, *La Nación*, Buenos Aires, 7 de septiembre de 1897, p. 1.

<sup>35</sup> “Duelo Turín-Orleans. Los resultados”, *La Nación*, Buenos Aires, 16 de agosto de 1897, p. 3.

Bedonni, impidió la afectuosa reconciliación de los duelistas. Aunque el pueblo de Quilmes era el lugar que figuraba en el acta para eludir la acción de la Justicia, el duelo se había celebrado en una hermosa sala de armas de un porteño aficionado a la esgrima donde los combatientes usaron guantón corto, camiseta de media manga, zapatillas de esgrima y pantalón de pases. Colocados los adversarios en el terreno, fueron invitados a reconciliarse de acuerdo con la práctica establecida, y como esto no pudiera obtenerse, el director del duelo, señor Andrés del Pino, colocó en guardia a los duelistas en la distancia reglamentaria y con el arma en línea. En estas condiciones dio la voz de mando y se inició el asalto, llevando el asalto el profesor Bedonni, y después de un largo y correcto pase, el director dio la voz de alto, pues a su juicio y el de los padrinos, el profesor Lancia di Brolo se hallaba herido; una vez examinado, se constató que el golpe dirigido no había producido herida. Caídos otra vez en guardia, iniciaron los duelistas nuevos ataques en todas las líneas y con gran variedad de acciones. El director dio la voz de alto, creyendo que una estocada dirigida por el profesor Bedonni había alcanzado a herir en la pierna al profesor Lancia di Brolo; examinada ésta, se comprobó que la punta del arma había rozado la ropa; dando la señal se continuó el lance, y después de varios asaltos que duraron treinta minutos, el director suspendió el pase de armas, por haber notado que el profesor Bedonni había sido herido en el antebrazo derecho. Examinada la herida, los doctores Jorge Blanco Villalta y Julián Massot declararon al señor Bedonni en estado de manifiesta inferioridad, lo que el herido no quería aceptar pretendiendo que debía continuar el combate; pero a su vez insistieron los médicos y se dio por terminado el lance. Los testigos y facultativos convinieron que los profesores Lancia di Brolo y Bedonni se habían conducido con toda corrección y gentileza. Cabe aclarar que no fue un combate sino un elegante asalto de sala lo que presenciaron los raros testigos del hecho. No faltaba ni la tranquila sonrisa, ni el “invito” de uso entre esgrimistas. En cambio, apenas herido el señor Bedonni, se precipitó a su encuentro su adversario preso del más vivo pesar; luego le tendió la mano y lealmente le declaró que había aceptado el encuentro porque había creído ver una ofensa en su carta publicada en *La Nación* y para que no se atribuyera a temor una retractación a los términos empleados; pero que entonces no tenía inconveniente alguno en declarar que ni la intención de una ofensa había en su carta ni para el señor Bedonni, ni para el señor Roqué. El teniente Bedonni, no sólo aceptó cariñosamente esta manifestación, sino que por la tarde fue a visitar a su ex adversario, departiendo amistosamente algunos momentos. El lance de honor concertado a

espada italiana entre los padrinos de los maestros Lancia di Brolo y Roqué, no se llevó a cabo ya que no tenía razón de ser después de ese resultado<sup>36</sup>.

Tampoco faltó la cortesía en el duelo entre el Ministro de Relaciones Exteriores del Reino de Italia, Julio Prinetti, y el diputado Leopoldo Franchetti. Las injurias vertidas por el honorable Prinetti en la Cámara de Diputados no impidieron que el honorable Franchetti le estrechara la mano a su adversario cuando éste se la tendió luego del combate. El lance a sable de punta y filo se efectuó a las seis de la tarde del 8 de junio de 1902, en la quinta Médicis de las afueras de Roma. El ministro Prinetti fue felicitado por el rey Víctor Manuel, sus colegas de gabinete, senadores, diputados y diplomáticos.

Los dos adversarios tenían casi la misma edad, cincuenta y cuatro años, ambos eran muy ricos, si bien el señor Prinetti no lo debía todo a la herencia como el señor Franchetti. Éste era toscano, aquél lombardo; ambos, no obstante sus riquezas, habían llamado la atención por su actividad y su aplicación a los estudios y a la cosa pública, gozando, aunque por diversos conceptos, de prestigio legítimamente adquirido y de merecidas simpatías.

---

<sup>36</sup> “Torneo internacional de esgrima. Concurso de maestros”, *La Nación*, Buenos Aires, 24 de octubre de 1901, p. 5; Lancia di Brolo, Enrique. “Los ‘gironi’ de florete”, *La Nación*, Buenos Aires, 25 de octubre de 1901, Campo Neutral, p. 6; Moretti, Constantino. “Los ‘gironi’ de florete”, *La Nación*, Buenos Aires, 26 de octubre de 1901, Campo Neutral, p. 6; “Duelo en tramitación”, *La Nación*, Buenos Aires, 27 de octubre de 1901, Varias, p. 7; “El duelo Lancia di Brolo-Bedonni. Resultado satisfactorio”, *La Nación*, Buenos Aires, 28 de octubre de 1901, p. 5; “Personal”, *La Nación*, Buenos Aires, 28 de octubre de 1901, Campo Neutral, p. 7; “El duelo de ayer”, *El País*, Buenos Aires, 28 de octubre de 1901, p. 3; “El duelo del domingo. Las actas”, *El País*, Buenos Aires, 29 de octubre de 1901, p. 6; “Los ‘gironi’ del Club de Esgrima”, *Caras y Caretas*, Buenos Aires, n° 161, 2 de noviembre de 1901; “Los ‘gironi’ de florete”, *Caras y Caretas*, Buenos Aires, n° 162, 9 de noviembre de 1901. Dijimos que el renombrado maestro Bedonni fue apadrinado por Alberto Dellepiane. Éste, siendo en 1896 segundo jefe de la Escuela de Gimnasia y Esgrima del Ejército, tuvo un duelo a sable con un compañero de armas. Reconciliados los duelistas, al mediodía compartieron la mesa del almuerzo con su jefe y otros oficiales. La costumbre, en aquellos tiempos, dictaba que el jefe sentado a la cabecera de la mesa sirviera los platos de sopa, los que se pasaban de unos a otros hasta completar la mesa. En este caso el oficial que se había batido con Dellepiane le tomó a éste el plato para pasarlo sin mirarlo ni agradecerle, descortesía que motivó que aquél lo retara nuevamente a duelo. El almuerzo fue interrumpido y el lance se llevó a cabo momentos después. Es el único caso que conocemos en que los mismos duelistas se batieron dos veces en el mismo día. Por 1910 Alberto Dellepiane fue padrino de un comerciante italiano del barrio de Belgrano. Éste, inexperto en el manejo del sable, recibió de Dellepiane una breve clase de esgrima y aprendió un par de golpes: a fondo y a la cabeza. El campo del honor fue una quinta de San Miguel. El próspero comerciante, en el momento que debía comenzar el lance concertado, sufrió un ataque de pánico negándose a batirse, motivo por el cual Dellepiane se ofreció a hacerlo en su lugar, actitud caballeresca que fue apreciada pero no admitida. Al retirarse Dellepiane y sus acompañantes en un coche de caballos, el cobarde “duelista” pretendió ingresar al mismo, pero su padrino desde la ventanilla le aplicó una mano en el pecho tirándolo de espaldas dentro de una fuente con agua que se encontraba a la entrada de la quinta. Estos episodios nos fueron transmitidos por sus hijos Carlos Alberto Ramón y Jorge Gustavo Bernardo Dellepiane Podestá. Alberto Dellepiane (1871-1920) fue teniente coronel del ejército argentino, instructor del ejército paraguayo con grado de capitán, comisario de Belgrano, socio fundador de la Sociedad Sportiva Argentina, criador de caballos de carrera en sociedad con el doctor Benito Villanueva; siendo autor de *Memorias de un detective* (Buenos Aires, Est. Lino-Tip. Roma, 1912), es reconocido como precursor de la novela policial en nuestro medio.

El incidente tuvo su origen en las modificaciones introducidas por la comisión parlamentaria de Eritrea en un proyecto del señor Prinetti sobre la organización de esa colonia. Prinetti, muy contrariado de la completa transformación sufrida por su proyecto, calificó de vergonzosa a la conducta de los miembros de la comisión parlamentaria. Los aludidos se quejaron al presidente de la cámara del proceder del Ministro de Relaciones Exteriores y en la sesión del 5 de junio, el presidente Biancheri invitó al señor Prinetti a explicar su actitud. El señor Prinetti contestó confirmando el calificativo, agregando que estaba dispuesto, si fuera necesario, a aceptar diez lances. En vista de esa declaración, el diputado Franchetti, presidente de la comisión, envió el mismo día sus padrinos al Ministro de Relaciones Exteriores, confiando ese encargo a los honorables Gallo y Micheli. Otro miembro de la comisión de Eritrea, el honorable Borsarelli, también envió al señor Prinetti en calidad de padrinos, a los honorables Bettólo y Torrigiani. Imitando el ejemplo, el honorable Montagna, miembro informante de la comisión, envió asimismo dos amigos al ministro. Estos dos últimos incidentes tuvieron una solución honorable y amistosa. Los padrinos del honorable Prinetti fueron los diputados Rosano y Gorio<sup>37</sup>.

Junto con el formulismo y el aparatoso ritual de la época medieval, el duelo moderno ha conservado parte del espíritu caballeresco y heroico de la edad de Carlomagno. Lejos quedó de sus antepasados, el duelo adivinatorio y el duelo judicial. Sólo en virtud de ese espíritu, no obstante ser un privilegio exclusivo de la nobleza, salvó las llamas niveladoras de la Revolución Francesa que abasaron al Antiguo Régimen; recogió antes la aristocracia y la

---

<sup>37</sup> “Prinetti y la comisión de la Eritrea. Ruidoso incidente. Duelos en perspectiva”, *La Nación*, Buenos Aires, 6 de junio de 1902, Telegramas (Italia), p. 4; “Duelo Prinetti-Franchetti. Dos asaltos. Franchetti herido”, *La Nación*, Buenos Aires, 9 de junio de 1902, Telegramas (Italia), p. 4; “Felicitaciones a Prinetti”, *La Nación*, Buenos Aires, 9 de junio de 1902, Telegramas (Italia), p. 4. En la mañana del 12 de junio de 1902, el ministro de Relaciones Exteriores Prinetti fue visitado en su despacho de Roma por el estadista argentino, doctor Antonio Bermejo. En la larga y cordial conversación de los dos distinguidos hombres públicos, se trató especialmente de las relaciones italo argentinas y del importante tema de la emigración italiana a la República Argentina. “Italia y la Argentina. Conferencia Prinetti-Bermejo. La emigración italiana”, *La Nación*, Buenos Aires, 13 de junio de 1902, Telegramas (Italia), p. 4. El honorable Julio Prinetti, Marqués de Merati, nació en Milán en 1851. Cursó los estudios de física y matemáticas, y muy joven recibió su título de ingeniero. Implantó en Lombardía una gran empresa de explotaciones metalúrgicas, y fundó luego una importantísima fábrica de velocípedos, cuyas marcas hicieron conocer bien pronto su nombre en todo el mundo. Fue elegido representante de la comuna ante la Municipalidad de Milán. Al propio tiempo, aplicaba sus extraordinarias facultades de asimilación a los estudios sociológicos, históricos y literarios del período clásico. No había cumplido aún treinta años, cuando se presentó Prinetti en Montecitorio elegido diputado. Conservador por tradición y temperamento, fue a sentarse en las bancas de la extrema derecha. Ministro de Obras Públicas de Rudini; maestro del arte de la diplomacia, Waldeck-Rousseau dijo de él que era un ministro digno de ocupar el despacho de Cavour. El eminente estadista murió en Roma el martes 9 de junio de 1908. Véase la extensa nota necrológica publicada por *La Nación* donde se incluye su retrato: “Marqués Julio Prinetti”, *La Nación*, Buenos Aires, 10 de junio de 1908, p. 8.

finura de la época de los Luises; se impregnó más tarde de la esencia del Romanticismo y ascendió las gradas ilustres de las viejas universidades germanas para sobrevivir anacrónicamente hasta mediados del siglo XX, como una manera usual, en ciertos círculos, de solucionar las cuestiones que atañen al honor<sup>38</sup>.

---

<sup>38</sup> Rivanera, José J., op. cit., p. 47-48. El aparatoso ceremonial del duelo estuvo presente en pleno siglo XXI durante un episodio farsesco. Los titulares de los periódicos checos del 14 de abril de 2006 eran sorprendentes: “El primer ministro desafía a duelo a un miembro de la oposición”. El líder del Partido Socialdemócrata y primer ministro checo, Jirí Paroubek, envió a la sede del Partido Cívico Democrático una carroza tirada por caballos con dos emisarios uniformados y armados con espadas y pistolas del siglo XIX. La reacción del político desafiado, Mirek Topolánek, consistió en aceptar una confrontación verbal en televisión y exigir que su oponente hiciese limpiar los excrementos dejados por los equinos ante su sede política. Garcés, Fernando, op. cit., p. 42. En próximas publicaciones continuaremos dando a la luz nuestra investigación sobre el fenómeno del duelo en Europa, América, Río de la Plata e interior del país, como así también su presencia en la literatura, teatro, ópera, tango, cine, radio y televisión.